

# Fieras y Ángeles

un bestiario doméstico



DOLORES CAMPOS-HERRERO

**Fieras y Angeles**  
**un bestiario doméstico**

**Dolores Campos-Herrero**

**Fieras y Angeles**  
**un bestiario doméstico**

- © DOLORES CAMPOS-HERRERO  
© GOBIERNO DE CANARIAS  
CONSEJERÍA DE EMPLEO Y ASUNTOS SOCIALES  
INSTITUTO CANARIO DE LA MUJER  
© CENTRO DE LA CULTURA POPULAR CANARIA  
www.centrodela cultura.com  
Gran Canaria: 928 39 00 80 // 928 39 00 67 (fax)  
Tenerife: 922 82 78 00/82 20 00 // 922 82 78 01 (fax)  
cepcanaria@inicia.es

---

Primera edición: Julio, 2004

---

Directora de Publicaciones: M. Carmen Otero Alonso

---

Coordinación General:

César Rodríguez Placeres  
Remedios Sosa Díaz

---

Corrección de pruebas: Ricardo A. Guerra Palmero

---

Diseño de cubierta: Juan Ángel Gutiérrez Castañeda / CCPC

---

Ilustración de cubierta: Augusto Vives

---

Maquetación: Juan Ángel Gutiérrez Castañeda

---

Impresión: LITOGRAFÍA A. ROMERO, S. L.  
Polígono Industrial "Valle de Güímar"  
Manzana III, parcela 20  
Arafo - Tenerife

---

ISBN: 84-7926-466-7

---

Depósito Legal: TF. 1.156-2004

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético, electroóptico o informático, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial. Los editores no comparten necesariamente las opiniones, criterios..., expresados en las páginas de este libro por la autora.



*El hombre es un Dios cuando sueña  
y un mendigo cuando reflexiona.*

Hölderlin

*La verdad es que soy la única de  
todo este mundo a la que le pasan  
las cosas más horrendas.*

Dorothy Parker

## A MODO DE PREÁMBULO

Está mal que yo lo diga, pero las descripciones y los hechos que a continuación se relatan son fruto únicamente de la imaginación de la autora.

Y está mal porque no otra cosa se espera de aquel que hace de la escritura su oficio, su estilo de vida.

Que invente, después de observar.

Que invente un poco, aun cuando pretenda ser naturalista; aun cuando su propósito sea tomar fidedignas notas de la vida, de la calle, del comportamiento de los hombres y de sus avatares.

Lamento, sin embargo, decir que cualquier parecido con la realidad no es en este caso pura coincidencia. Es que, amigos míos, la realidad es muy rara.

La audacia de una servidora no tiene, pues, que ver con los parecidos ni con los frutos de la fantasía, sino con los propósitos, con la ambición que me llevó hacia estos textos.

Añoro aquellos siglos felices en los que era posible dominar todos los saberes. Catalogar cuanta criatura y especie vegetal andaba entre cielo y tierra.

Me siento deudora de Plinio el Viejo, de Italo Calvino, de Álvaro Cunqueiro y de Joan Perucho; de Cortázar y Borges; de Cees Nooteboom y de un larguísimo etcétera.

Es éste un bestiario doméstico muy particular, a medio camino entre la invención, la charlatanería, el divertimento y el relato.

Otra cosa: observará el lector mi inveterada costumbre de utilizar el yo.

En esta manía, poco hay de biográfico y mucho de perseguir un tono cálido, cómplice, cercano.

Se trata de una convención literaria común, tópica donde las haya.

Debo desmentir, pues, antes que nada, y no crean que no lo lamento, que me pasen a mí tantas cosas, tan extrañas y tan variadas.

En fin, la vida que me ha tocado en suerte es sosegada; sin grandes sobresaltos, sin más infrecuentes aventuras que las que la imaginación me brinda.

Me disculpo por el “yo” ilusorio y por un viejo mamotreto que me encontré en un altillo. No para otra cosa sirven estas peculiares zonas de una casa...

No sé de dónde vino ni cuál será su destino último.

Naturalmente, lo guardo, como oro en paño, por si vienen tiempos difíciles.

A nadie se le escapa que se come muy mal de la literatura.

---

# PRIMERA PARTE

---

# LA POESÍA DE LOS FOGONES

Subí esta mañana a la azotea. Allí, en un cuartillo oscuro, tengo un desván. Ya saben como suelen ser esos lugares...

Entras y te recorre el cuerpo, un escalofrío salino.

Hueles a humedad y abandono y siempre avanzas con el temor de no saber con qué adversarios te puedes tropezar.

No estás en tu medio, el factor sorpresa juega en tu contra y sabes que, en sitios así, abundan bestias minúsculas capaces de cualquier insidia.

Llegué hasta allí para dejar que dos objetos durmieran el sueño de los justos: un atizador que me regalaron (y que naturalmente no me sirve para nada) y una maleta astrosa que me da pena tirar.

Cuando se me acostumbraron los ojos a lo oscuro, allí vi como siempre, modosamente enfilados, los libros de mi colección de Enyd Blyton.

Me apeteció echarle un vistazo concreto a aquel que se titulaba *El misterio de la cueva de los contrabandistas*, pero me asustó pensar que, al abrirlo, de entre sus páginas me podía salir una raposa.

Siempre imagino cosas así de los objetos olvidados.

Deja de una vez a *Los Cinco* y a *Los Siete Secretos*, me estaba diciendo, ya es hora, cuando reparé en un tomazo que antes jamás había visto.

“En el mundo de los fogones: Bestiario para andar por casa”, leí.



Nunca he sido demasiado sensible a la poesía de los fogones.

Vaya, que no encuentro gran lirismo en el fuego lento ni en el batir de claras ni en la mayonesa que o se corta o no se corta. Comprenderán, sin embargo, que una cosa así, (semejante hallazgo) no me dejara fría.

En cuanto le puse las manos encima, un montón de ácaros saltaron sobre mí.

No me vencerán –grité.

También estornudé en abundancia.

Dadas mis suspicacias a las bestias de la oscuridad, no debe extrañarles que agarrara aquel libraco monumental, cerrara de golpe y bajara a galope, escaleras abajo.

Bestiario para andar por casa –releí.

### ***La oruga de los pensamientos vulgares...***

En esa fue en la primera bestia en la que fui a reparar.

Aparecía mimosamente dibujada y era una larva de mariposa con forma de gusano que, según aquel manual, se te mete por la nariz cuando te pones a planchar.

“Te suele trepar hasta el cerebro y te socava la seguridad siempre que, mientras estiras una manga y luego otra, piensas en tonterías tales como dónde se comprará el carmín la bella Otero”.

El tomazo, como ven, era antiguo porque a mí, en tales trances, todo lo más me da por imaginar cuánto costará ponerse unos abultados labios mullidos como los de Esa Tal Herzigova.

A la oruga de los pensamientos vulgares le gusta acurrucarse en lugares calientes. De tal forma que, si dejas de planchar, se acaba instalando en los bajos de la nevera, allí donde el motor hace rum, rum, rum y donde un calor, como de calefacción central, se expande a lo largo de dos o tres baldosas.

Estas orugas tienen, además, el cuerpo blando y una mandíbula provista de dientes, pero no suelen morder a menos que se les ataque. Eso sí, tienden a huir de las casas en las que hay niños pequeños, aunque siempre en evitación de accidentes. Porque casos hubo de orugas de trece anillos que se quedaron sin ninguno, por culpa de algún mocososo.

Lo que más les gusta a las orugas de los pensamientos vulgares es el invierno y que las quieran y las llamen, cariñosamente, por su propio nombre.

Ah, según el tomazo, todas se llaman Erucas.

### ***El dragón de la lejía.*** Segunda bestia...

Abusa de un color blanco amarillento que no le favorece nada. A veces va en grupo y entonces, todos ellos, parecen más blancos y pueden adoptar un montón de tamaños.

Vuelan por toda la casa y más que, enemigos propiamente dichos, son criaturas díscolas que roen la superficie de las cosas.

Les gusta verlo todo muy limpio como espadas de San Jorge. Y hay días que te obligan a caminar de puntillas para que no te noten. Porque si no están de buen humor, saltan sobre ti y te arruinan el vestido.

Frente a otras criaturas malévolas, prefieren la luz del día pero son antipáticos porque están resentidos. Al fin y al cabo, saben muy bien que huelen fatal.

En el tomazo se cuenta la historia de una pobre mujer a la que esta especie de dragón expulsaba todos los días de su propia casa.

En lo que a genealogía se refiere, hay que decir que unos primos lejanos de estos dragones de la lejía de los que les hablo son los llamados dragones marinos.

No habitan en el océano, entre medusas y pulpos, como su nombre parece indicar, sino que, por el contrario, viven en algunos adorables jardines y adquieren maneras de respetables plantas.

“Yo (dice el autor del misterioso bestiario que me agenció esta misma mañana) les encuentro, a ambos, un cierto aire de familia”.

“A veces, prosigue, cuando se cansan de volar entre la loza, los estropajos y el fregadero, los dragones de la lejía suelen aposentarse en los delantales de las pobres mujeres que friegan y, entonces, adoptan formas de caprichosas flores”.

## BESTIAS DE ANDAR POR CASA

**H**ay días en los que el salón de algunas casas, y entre ellas la mía, se parece mucho a una sábana. Mañanas sin acento, de llanuras extensas. De yermos matutinos, pelados de vegetación arbórea, de vida escasa, de brumas, de ríos Orinoco.

Hay, que sí, mañanas de dolores de cabeza y olvídate de mí.

Para ocasiones como esas tengo cerca de mí aquel libro que, por casualidad, encontré en mi azotea. Vademecum. Va conmigo a donde quiera que vaya.

Bestias de andar por casa, dice el capítulo dos.

Lo repaso como al descuido, saltando de una página a otra, de aquí y allá.

Leo entre líneas, como buscando un mensaje oculto. Intentando descifrar enigmas, laberintos.

¿Quién lo dejaría entre mis cosas? Tal vez nada ocurre por azar...

Así que, porque alguien lo ha querido, está en mi poder esta extraña obra y me entero de que existe una especie minúscula de moscardones de la risa.

¿Qué mosca le habrá picado?, decía mi madre cuando me veía desternillarme a solas.

Era una vieja costumbre, me miraba en el plato de sopa y terminaba pareciéndome una ocurrencia muy graciosa.

Pero los moscardones de la risa habitan en viejos caserones, siempre orientados al norte, con altos techos y estucados multicolores, y yo nunca he vivido en un hogar así.

Los moscardones de la risa no atacan a todo el mundo. Tienen, por cierto, sus preferencias. Pero si te asaetean con su agujijón te da por burlarte de todo. Basta con que digan en la radio que ha bajado el índice Dow Jones...

Nos preguntamos claro está: qué otra cosa va a hacer sino bajar un pobre indicador deprimido...

Los moscardones, por su parte, no se preguntan nada. Bastante tienen con subsistir con un aspecto tan feo. Miden entre 12 y 18 milímetros y tienen un color pardo oscuro, muy vellosa.

Con estas condiciones, puede decirse que el moscardón de la risa es un auténtico milagro de la naturaleza.

Aunque me resulta desagradable el aspecto de este bicho (el dibujo que lo acompaña es realista y no desperdicia detalle) sigo leyendo y me entero de que, en la literatura clínica, existe el caso de un noble, un barón por más señas, que sufrió los embates continuados de esta especie.

Murió en mitad de un fortísimo ataque de risa. Estaba arruinado, desolado, cansado (harto, por fuerza, de tantos participios) pero, en la memoria de sus deudos ha quedado como un hombre felicísimo, incapaz de arredrarse ante dificultad alguna.

De no ser por la risa letal, yo creo que se habría arrojado, más tarde o más temprano, a los tiburones del Pacífico.

Ya ven, ni siquiera en los tratados zoológicos todos los finales pueden ser felices...

### ***El ratón cazagatos***

He ahí otra especie digna de ser tenida en cuenta.



Hay casi siempre uno en cada casa, lo que ocurre es que, por paradójico que parezca, muchas veces va de incógnito. Tiene a gala hacer de su domicilio un secreto de estado.

Es verdad que es arrogante, chulesco y matasietes, pero su instinto de protección es más fuerte que su vanidad. Razón por la cual ha sobrevivido el paso de los años.

Cuentan que el mismísimo Darwin consiguió atrapar uno y todas las tardes lo estudiaba en su laboratorio.

Como el singular ratón no se encontraba en su propio hábitat, el bueno de Charles no consiguió extraer del caso conclusiones muy fiables.

Los ratones cazagatos son un cruce genético entre los ratones almizcleros y los de biblioteca. Es por ello que resultan ser unos especímenes perfumados y muy leídos que, a las primeras de cambio, te sueltan una cita de Shakespeare.

Una chica que se llama Sofía, y aparece a veces fotografiada en las revistas, se encontró uno, a los pies de su cama y zampándose una gata de Siam que le había costado sus buenos cuartos. La chica se quedó petrificada.

Y cuentan las crónicas que cuando fue a buscar la escoba para echarlo a escobazos, como corresponde, el ratón se la ganó recitándole aquello que le espetó, a Julieta, el gentil Romeo.

“Hallo, dijo el roedor, más peligro en tus ojos que en cien escobas juntas”.

Después de este notable caso, Sofía se ha prometido no volver a tomar sustancias que alteren la percepción de las cosas.

Desde aquí le decimos, si nos está leyendo, que no se preocupe; que siga en contacto con Cazagatos. Que es cuestión de abrir un poco más la mente, de dejar volar la imaginación.

Beatrix Potter lo hizo y sus herederos viven tan ricamente.

El enigmático libro habla también de las palomas que se posan en los aleros de las ventanas.

Pero esa es ya otra historia...

# BESTIARIO DOMÉSTICO

Una casa es un microcosmos. Una ciencia oculta en miniatura.

Así comienza el capítulo tres de cierto *Bestiario doméstico* que obra en mi poder.

Por él, me entero de que los teósofos y ocultistas del pasado dividieron las viviendas, por humildes o lujosas que fueran, en tres reinos. El de lo insensible, el de lo sensible-invisible y el de lo evidente. Este último, también llamado apabullante por los autores más burdos.

El bestiario roza la alquimia sólo lo imprescindible y lo hace para contar el caso de un maestro ocultista, el señor Dulcifer, que pensó que la búsqueda de la piedra filosofal podría pasar por la conjunción de todos estos niveles. Es decir, mezclando en los alambiques, junto a los metales requeridos, unas partículas procedentes de todos estos mundos.

Del mundo de lo apabullante incluyó tres patas de un ejemplar de alacrán, bicho que (que yo sepa) no forma parte de la fauna con la que te puedes tropezar en un hogar.

El señor Dulcifer para justificar su capricho tiró por la calle de en medio. "Supongamos, escribió, que alguien que siente animadversión hacia ti, te dejara un alacrán en la ventana. En el lapso de una hora, el *bulthus occitanus*, que así se llama en estilo culto este bicho, formaría parte de la vida y la decoración de tu biblioteca...".

Después de suponer mucho, el alquimista elige, del mundo de lo sensible, el molesto piojo.

Para hacer más complicado el asunto, recomienda que antes de ser arrojado a la cubeta correspondiente ha de ser extraído de la cabeza de un niño rubio de seis años y medio cumplidos.

Reflexionamos nosotros al leer esto, que quizás el requisito no era tan extraño en el momento en que maese Dulcifer sugirió esto.

No olvidemos que los hábitos de higiene y la lucha contra ciertas plagas son hechos muy contemporáneos.

Bien, sigamos.

Del mundo de lo invisible rescata Dulcifer, el gambusino. Animal amable donde los haya, del que todo mundo habla pero nadie ha visto.

Si era esta o no la receta adecuada para dar con la deseada piedra filosofal es algo que nosotros no estamos en condiciones de contestar.

La fórmula de Dulcifer encontró un escollo. No le fue posible atrapar gambusinos. Un discípulo avispa-do sugirió que, dado que las mujeres son más fáciles de persuadir, tal vez sirviera un ejemplar femenino.

El chasco vino cuando se percataron de que el gambusino era un animal autosuficiente y la gambusina, una modalidad de pera.

Para que en el futuro no se asombre nadie, he de advertir que el Bestiario es una obra contundente, ambiciosa, que roza, aquí y allá, un sinfín de ciencias. Vaya, lo que los no legos llaman interdisciplinar.

Hecha esta salvedad prosigo mi lectura y paso página.

En la siguiente me sonríe una legendaria pulga.

Las páginas dedicadas a estos insectos sifonápteros son abundantes, pero me detengo en una que me parece interesante porque está dedicada a las pulgas canarias.

Dado que el autor del Bestiario tampoco desdeña el orbe de lo poético, este apartado del capítulo tres por el que navego, comienza con una Oda.

El autor es un tal Peter Pindar que, naturalmente, no hay que confundir con el Píndaro más remoto y clásico.

Pindar, en realidad, se llamaba John Wolcott y fue un poeta satírico inglés que murió en Londres en 1819, aunque no sabemos si por las muchas secuelas que las legiones de pulgas insulares dejaron en su británico cuerpo.

Se sabe, eso sí, que le torturaron en Tenerife, (y que no interprete esto nadie como un agravio) en las varias ocasiones en que llegó a la isla de camino a Jamaica.

Son los inconvenientes de dar tantos rodeos...

Al autor del Bestiario doméstico se le nota cierta fascinación por la pulga canaria.

De ella dice que produce un picor lento que se diferencia mucho del que ocasionan las pulgas de otros lares.

A Pindar probablemente le picaron en la Fonda Richardson que, a la sazón, era detentada por compatriotas suyos, lo que podría crear una cierta sombra de duda, respecto al verdadero origen de estas pulgas.

Pero no. En este punto, el Bestiario toma grandes vuelos y lanza hipótesis arriesgadas cuando se decide a fechar la entrada en territorios del Archipiélago de las llamadas pulgas canarias.



Data esta llegada, no con la imprecisión de decir fue en tal siglo o tal era, sino, audazmente, consignando el año, el mes, casi el día.

Eso sí, no se atrevió con la hora...

“En la primavera de 1494, afirma, las tropas del Adelantado avanzaban hacia La Laguna. Se preparaban para la batalla contra el mencey Bencomo, que así se llama uno de los nueve soberanos del pueblo que habitaba la isla. Llevaba más de mil soldados de infantería y, sobrevolando sobre sus armas, una nube de insectos infrecuentes hasta entonces, entre los nativos. Nada menos que las pulgas mal llamadas canarias, a las que tan acostumbrados estaban los que habrían de ser los vencedores. Porque Bencomo sería finalmente derrotado en un lugar llamado Acentejo.

La campaña sería larga. Las lluvias torrenciales y el frío que también caracterizó el invierno de 1495 hicieron el resto. Porque la dura gresca había comenzado con aquella invasión desconocida que diezmó las filas de los aguerridos naturales de las islas...”.

Paro un momento la lectura y me digo que, de ser cierta tan antojadiza hipótesis, habría pues que reconocer que nos hallamos ante un auténtico precedente de las actuales y temibles guerras bacteriológicas.

Bien, sea como sea, las pulgas llegaron y adquirieron carta de ciudadanía.

El autor del Bestiario las trata bien. Dice que eran vigorosas, iban directas al grano, es decir a la dermis de la víctima, y dejaban en la piel un cerco hermoso y sonrosado, que utilizando un ungüento adecuado, tardaba en curarse una hora menos que en el continente.

Si se me permite la salvedad, me atrevo a sugerir que dado que desconocemos la identidad del autor del Bestiario, ignoramos también a qué continente se refiere...

En fin, la vida está llena de enigmas, de vacíos...

A las pulgas canarias se le dedican más de veinte páginas, así que recomiendo a los interesados que acudan a la fuente misma.

Vaya, que intenten mirar en su desván por si los hados le han dejado, también, como al descuido, un Bestiario parecido a éste.

En cuanto a la prometida mosca de la tele, siento decir que he de dejarla para otro día...

## SOPA DE GANSO

Quienes son aficionados a la buena mesa, gozan de grandes privilegios. El don de hacer un arte noble de una actividad tan necesaria. Engullir estos o aquellos alimentos puede devenir en ritual de dioses. Por tanto, puede decirse que los gastrónomos, los grandes cocineros y las cocineras ilustres forman parte de una aristocracia que será más valiosa si cabe, con el tiempo.

Cuando el imperio de las sopas en lata sea una dictadura, hacer sopa de ganso será cosa de príncipes.

Y dicho todo esto como preámbulo, me lanzo de cabeza a lo mío. Que no es otra cosa que seguir desvelando los misterios de uno de los muchos bestiarios que en la literatura zoológica existen.

Hay que decir que desde siempre la cocina y ciertas bestias han hecho buena pareja. Idilios que acaban pronto porque la muerte los separa con el mejor de los goces.

Pero francamente me parece cruel hablar de aves y animales para entrar directamente a zampárnoslos.

Lo que ocurre es que el capítulo de hoy va a transcurrir enteramente en la cocina.

No mientras se hornea un venado o se prepara salsa de arándanos para un guiso de codornices. No. Simplemente en esa habitación llena de pequeños armarios y en la que siempre suena una música de cacerolas.

Las cocinas, tal vez por ser las estancias más caldeadas de todas las casas, cuentan siempre con habitantes propios. Entre los más molestos han de estar los que nunca nombro.

El nombre prohibido corresponde a esas que inspiraron a Kafka.

El autor del Bestiario las describe con rigor científico y calma profesoral pero yo, que poseo un espíritu analítico muy contaminado por la pasión, sólo puedo referirles un caso penoso.

Hoy me he encontrado una. Me ha pillado en estado beatífico, y me he limitado a decirle: "Qué haces aquí, maldita sea". Acto seguido, he levantado una zapatilla y la he arrojado contra su blando cuerpo un par de veces. Igual que haría el carnicero de Glouster.

Me he quedado con un escalofrío de chica de azúcar y con una preocupación muy grande. "O vas camino de convertirte en la versión femenina de San Francisco de Asís en el siglo nuevo, que lo dudo. O vas camino del manicomio", me he dicho.

Me he alarmado. No es buen síntoma empezar a hablar con las inglesas estas, que te entran por las rendijas de algunas ventanas.

El Bestiario, por su parte, parece muy interesado en ellas, y se va por meandros prolijos pero yo, como no las nombro, las dejo aquí porque son un peligro.

Patricia Highsmith les dedicó un cuento pavoroso.

En los océanos existen toda clase de peces, pero en las cocinas sólo algunos que se mueren de pena.

Aún no están en contacto con la lumbre cuando yo los veo mirarme con sus ojos huecos, con esa saudade que dan los mares perdidos.

A los peces que te lanzan miradas tristes y te apuntan con un morro puntiagudo desde el congelador o una fuente llena de sal no hay más remedio que compadecerlos.

Cuando yo todavía era una niña, era aficionada a comerme las bolitas de sus ojos.

Eran como caramelos acuosos. Algo duro que se iba desgastando entre los dientes y la lengua. Algo que no tenía, en verdad, mucho sabor.

¿Por qué me los metía en la boca, entonces?, me pregunto.

Lo cierto es que rivalizaba con mi hermana a engullir ojos mientras otros, los estáticos de las muñecas nos miraban, asustados.

Fue una de esas veces.

Me metí en la boca el izquierdo, tras dejar tuerto a un pez muy fresco y lo sentí todo.

Sentí en la garganta la resaca de la marea llena y el intenso sabor salado de los buches de agua que se beben por error.

Y me fui lejos, a no sé cuántos metros de profundidad.

Nadé entre barcos hundidos, esqueletos de cosas viejas y anclas llenas de herrumbre. Nadé entre marineros de ayer, ahogados de hoy y botellas con mensajes que jamás llegaron.

Me perdí en un banco de peces y vi cómo el grande se comía al chico.

Me enredé en una selva de madreporas, de aulagas marinas, de medusas gigantes.

Me demoré, incluso, en mitad de los arbustos de una isla sumergida y bajé al estómago de un volcán acuoso.



El volcán estaba apagado como cuando echamos un chorro de agua sobre una vela. Me encontraba en aquella caldera mojada haciéndome un lecho fresco cuando me noté zarandeada.

Me empujaron junto a muchos otros que no conocía.

Yo era un pez chico pero no tonto. De la red a la nada, me dije.

Y así fue cómo fue y cómo acabó sentándome mal el ojo de pez que me tragué

Bien, pues de aquella experiencia transmigradora tan fría, me quedó una costumbre de calor, una propensión al mito y una resistencia a entrar en las marisquerías.

Pero el hecho de que la abajo firmante no coma pescado no quiere decir que me parezca incongruente la relación entre los peces y las cocinas.

# LA CASA DE LAS PALOMAS

**D**ecíamos ayer que existe, entre las muchas especies de palomas que repartidas por el mundo hay, una que se conoce como la paloma de los aleros.

“Es esa venal, infame, flor de desdicha. Esa que parece espiarte, la que se coloca en algún edificio y cuando pasas por debajo te manda recuerdos del más allá y un buen puñado de excrementos”.

Lo subrayado, por si no lo saben, no es mío. No es una autoglosa tan propia de autores vanidosos. Yo, la abajo firmante, soy simplemente la que sigue dándole vueltas a esa singular obra del pensamiento humano que es el tratado zoológico conocido como Bestiario...

De las palomas se ha dicho de todo.

“Resulta un bicho odioso”, ha escrito Javier Reverte, después de reducirlas al singular.

A Reverte le da una rabia tremenda encontrárselas, por ejemplo, en Rodas.

“Yo tenía la impresión, viéndolas caminar con pasos torpes alrededor de las fuentes, de que eran animales carroñeros, parientes alados de las ratas”, afirma.

Infelices, ¿qué le habéis hecho? Doy por sentado que razones tendrá para terminar como termina su largo exordio.

“La paloma de Picasso, sostiene Reverte, tiene en esta isla griega lejanos primos que, estoy casi seguro, son animales sanguinarios y carnívoros”.

Las de Mercé Rodoreda, en cambio, no recuerdo yo que estuvieran emparentadas con las volátiles del mar Egeo. Para ella eran, sin duda, animales algo más hermosos.

Pero volvamos a las páginas del Bestiario.

La que habla de las palomas es de color orín y uno de sus extremos aparece doblado.

El detalle me hace pensar que algún lector anterior sentía debilidad o pavor por estas prosaicas avecillas. Las latinas palumbas.

De mediano tamaño y cuerpo rechoncho, hay que reconocer que los vaivenes del gusto han dado buena cuenta de ellas. Y no me estoy refiriendo ahora a los desalmados que son capaces de tomar guiso de carne con plumas.

La pregunta es ¿cuándo dejaron (la paloma sin hiel, la duenda, la zurita) de ser animales nobles?

El libro de las bestias de andar por casa o asomarse a la ventana me explica el caso de una paloma de sangre.

Un caso que ocurrió en los tiempos del Santo Oficio.

Mari Castaña era una buena mujer de hace la friolera de cinco siglos. Fue acusada por una vecina de brujería.

Le dieron tormento. El potro, el escorpión, la bota malaya... este brutal calzado entonces debía conocerse, me temo, de alguna otra forma porque Malasia no aparecía todavía en los mapas.

También, como era costumbre, la embrearon de arriba abajo y, cuando la llevaban hacia las llamas eternas de la hoguera, una paloma blanca empezó a sobrevolar por encima de su cabeza.

Milagro, milagro, comenzó a gritar alguien entre el populacho.

Pero la maldita palumba latina, en vez de pregonar la inocencia del reo (una mujer, en este caso) fue displicente en el gesto y no se paró a la altura justa de sus blancas canas. Un mal detalle que, por fortuna, para la víctima vino a ocurrir en el momento justo en que ya nada tenía remedio.

La trayectoria del ignominioso detritus estaba próximo, cuando la encausada terminó de creerse bruja.

Expiró, no sin antes reír de forma diabólica.

No lo dice el bestiario sino que lo digo yo.

No hay nada humano que un padecimiento inhumano no consiga.

Las cosas como son: a mí misma, antes de conocer este caso, me caían mejor las palomas.

### ***Los mosquitos de la leche***

El Bestiario, como la vida misma, está lleno de violentos contrastes.

Tal vez por eso, sólo es preciso avanzar unas páginas más para llegar hasta animales inofensivos. Diría que, incluso, amables.

Es el caso del mosquito de la leche, el más pequeño de la familia de los insectos azules.

Estos nípteros nematóceros de cuerpo delgado tienen la habilidad de esconderse en cualquier lado.

Andan fugados de la vista pero, en el momento oportuno, suelen saltar sobre su presa.

En el caso de los mosquitos de la leche, no hay manera de defenderse de ellos.

Eso sí, hay que estar vigilantes y mantener la boca cerrada.

En el Bestiario aparece la receta de una pócima como la mejor manera de combatir la indigestión de mosquitos.

Porque hay otra variedad que se cuele entre las grandes palabras.

“En los hemiciclos políticos, he visto yo con frecuencia, y ahora el subrayado tampoco es mío, rostros de próceres de la patria con evidentes signos de congestión e intoxicación por ingesta excesiva de anofeles”

Ya lo decía mi abuelita, nunca, pronuncies en vano Paz, Libertad, Derechos...

Nota final: El autor del Bestiario ha vuelto a implicar a sus antepasados en sus disquisiciones y argumentos.

Que nadie confunda, pues, su parentela con la mía...

Y hablando de familias, me temo que se acerca el turno de la llamada mosca de la tele, o de las visitas inoportunas.

Pero si me lo permite Michael Ende (sin duda, un admirado autor) esa también es otra historia...

## ZOOOLÓGICO

**D**e todas las clases de fatiga, el monótono balanceo de un camello, que tanto afecta a la espalda, es la peor.

Tal vez no lo han comprobado en carne propia, pero eso no les da ninguna clase de derecho para poner en duda una afirmación que ya hiciera, tiempo atrás, el honorable Sir Samuel Baker.

El autor de "Tributarios abisinios del Nilo" cuenta con toda la credibilidad del mundo para realizar semejante aseveración.

A primera vista, diríase que un camello no es un animal que tenga fácil inclusión en un bestiaro doméstico...

Sobre todo si hablamos de casas de ciudad o de fincas rurales lejos del mundanal ruido pero lejos también de Mala, de Haría o Guatiza.

Bien, todo se andará...

Los camellos tienen pelo espeso lo que es una buena cosa para vivir en países y parajes de clima africano, en donde las temperaturas nocturnas descienden vertiginosamente.

El inconveniente de un abundante pelaje, capaz de proporcionar mucho calor, radica en las posibilidades que se tienen de acabar convertido en un funcional chaquetón.

Un chaquetón que, un día u otro, terminará entrando en el armario de cualquier vivienda.

En forma de abrigo...

Bien, esa no es la única manera que tiene un camello de ser recibido en casa de humanos...

“La posición horizontal del hocico, a la misma altura que la frente, hace que los ojos miren hacia abajo oblicuamente y esto, unido a los párpados medio cerrados, le dan esa mirada cínica que tan frecuentemente se le atribuye al camello”.

En la esquina de la calle en la que vivo andan siempre haraganeando cuatro o cinco. No suelo mirarles a los ojos no sea que se mosqueen pero yo diría que, en ellos, hay más cálculo que cinismo.

Hablan con desparpajo de lo que cuesta el chocolate y el crack y lucen estruendosas cadenas de oro.

Son jóvenes, echan continuas ojeadas a las motos de mucha cilindrada que se han comprado hace poco y utilizan un lenguaje parco, entrecortado, como queriendo expresar sin apenas decir.

Los camellos que se encuentran por estos contornos son más dóciles que otros y muy superiores, en carácter y temperamento, al camello continental. Así lo consignan la mayor parte de los autores.

“Muestran sus virtudes durante el viaje y sus defectos en cuanto entran al campamento. Son esencialmente viajeros. El descanso es para ellos una condición anormal. En cuanto termina la marcha del día y tienen que pararse, comienzan a gruñir y a resoplar y a veces a morder...”.

El punto culminante de su malhumor, asegura el Bestiario, se alcanza por la mañana, cuando lo traen de nuevo al campamento para cargarlo: el ruido que hace es semejante al de un grupo de leones enfadados...

Tal vez les ha ocurrido alguna vez. Duermen con placidez y buena letra, dictándose un sueño de lo más agradable cuando un estruendo les deja sentados en la cama.

Es un ruido como el de una jauría de leones irritados.

Se pellizcan por si todavía están soñando y, con la luz encendida ya, ven los cercos morados y lilas que sus propios dedos les han dejado en el brazo.

No, no sueñan.

Son las cinco de la mañana y parece como si anoche se hubieran olvidado de apagar la televisión.

Llegan al salón, con algo de sigilo, y todo es calma, noche cerrada.

A mí me ocurre: vuelvo a la cama, retorno al sueño y, al instante, el rumor de la jungla está de nuevo en mis oídos.

Es un misterio que no consigo explicarme.

Entonces recuerdo lo que he leído en el Bestiario.

Y sé que lo que ocurre es algo semejante al dolor que causa una pierna cercenada.

Los piratas gemían por la noche. Era insopportable. Un puñado de pólvora les había arrancado una pierna o un brazo y las inmensas molestias de lo que ya no estaba no les dejaba descansar a gusto.

Irene, sin ir más lejos, nunca tuvo un camello hecho todo de sogas de esparto.

Cuando era una niña, un viejo maestro, Don Mario, se lo prometió. Cada vez que la veía renovaba su promesa.

Te voy a regalar un camello como esos, le decía, señalándole la vieja tienda de souvenirs que estaba enfrente del Parador de Turismo, en el parque viejo.

Nunca le regaló el gracioso camello de sus bromas.

Y ahora el ilusorio objeto, olvidado, condenado al silencio y al reposo, gime por las noches como una manada de leones; siete u ocho leones hambrientos.



Los camellos, de juguete o de tamaño natural, los que existen y los que no, son animales pacientes.

Nos miran desde su altura y su estoicismo sin que comprendamos nada. Todo lo que ellos ya saben y nosotros, no.

Que la vida es breve y la vanidad, una cosa de bobos...

# ZOOLOGÍA FANTÁSTICA

**E**l cangrejo ermitaño es llamado así por su tendencia conventual.

Es solitario por vocación y tiene gustos raros pero, diría yo, que por oficio.

Mientras para la mayoría lo deseable es nadar o dejarse llevar por la corriente, él prefiere vivir absorto y sin problemas en el interior de una gruta.

Es de pequeño tamaño, lo que tampoco es obstáculo para que posea un nombre elegantemente largo.

El *Munidopsis polymorpha* se parece a esos aristócratas a los que los apellidos le quedan como si fueran de tres o cuatro tallas por encima de su peso.

Son animales felices mientras los dejan.

El principal enemigo de los cangrejos ermitaños son las doncellas: las hermosas, de profesión amazonas. Sí, ya sé que es una carrera que ya casi no se cursa en ninguna universidad.

Las zoologías fantásticas están, en cambio, repletas de ellas. No porque en sí mismas sean bestias o deban considerarse de estirpe animal, sino porque estas bellas fueron las principales depredadoras de los cangrejos que habitan en la Cueva de los Verdes.

Ya Virgilio, (y antes que Virgilio, Homero) hablaron de estas fabulosas damas.

Se merendaban caballeros con una facilidad tremenda pero cuando estaban ya demasiado saciadas de estos festines un poco burdos, las ogresas se volvían caprichosas.

Buscaban, entonces, delicias para el paladar que encontraban en los lagos oscuros de todos los jameos.

Por una incomprensible ley de la naturaleza que contraviene los preceptos de Darwin, las terribles mujeres desaparecieron de la faz de la tierra y, los cangrejos, no.

### ***George, el gato***

Debe ronronear todavía en alguna parte. En, al menos, una de sus innumerables vidas fue norteamericano y de nombre George, en memoria y honor del ilustre Washington.

Según los libros y las monografías que he manejado, tiene su hábitat en la parte alta de un viejo hotel familiar, parecido al Milner de Boston, en el que a lo mejor también usted se ha hospedado.

George es viejo y gris y odia tanto a la gente que se esconde en el piso de arriba y reza para que los clientes del establecimiento se vayan por donde han venido, con el consiguiente quebranto económico para sus dueños.

Los gatos que se llaman George suelen tener algo de mezquinos y roñosos.

Hay quien afirma, por ejemplo Steimbeck, que si cayese una bomba atómica y acabase con todos los seres vivos, George sería el gato más feliz sobre la tierra.

Lo celebraría como lo celebran todos los gatos. Haciendo un aquelarre en donde recuerdan lo ingenuas que eran sus antiguas amas: las brujas.

George tiene un trozo del lomo completamente quemado como si le hubiera caído encima una plancha muy caliente. Cosa que no me extraña porque todo lo que he leído sobre él es pésimo.

En los ojos le encuentro un a modo de carboncillos encendidos. Y eso, entre otros signos, lo distingue del resto de los gatos y gatas amables que existen en el mundo.

No hay confusión posible. Por donde pasa George queda siempre un cierto tufo de azufre...

### ***Los gatos mapaches***

Ni Linneo ni Buffon supieron de su existencia pero existen y raras veces llegan a estar "ni siquiera ligeramente domesticados".

Se dan en el estado de Maine, en los USA, y aunque no los menciona John Irving, Steimbeck dice que son salvajes y muy feroces y que viven en los bosques.

Yo, una vez, en un bosque de abedules, me tropecé con una criatura que me pareció principesca. Llevaba un jubón moteado y un sombrero con una pluma verde.

Pero la verdad es que no conseguí arrancarle ni una sola palabra.

Eso, unido a su gusto por andar a cuatro patas, me ha llevado a concebir serias dudas.

¿Sería un gato mapache o el hombre de mis sueños?

### ***La mamba verde***

Es la serpiente más mortífera de la tierra.

En otras épocas tenía su residencia en zonas pantanosas y amazónicas pero desde que algunos expedicionarios la trajeron a Europa y la obligaron a aclimatarse, es posible verla en muchos platós de televisión.

## ***La tortuga indonesia***

Es de tamaño mediano y de costumbres rutinarias. Su caparazón es gris y las patas delanteras presentan una curiosa particularidad: están ligeramente moteadas de azul.

Esta coloración semejante a la tinta de una pluma Cartier es lo que ha llevado a que algún naturalista, queriendo ser gracioso, la haya llamado *testudo graeca burocraticus*.

Chiste fácil donde los haya porque este reptil jamás se ha sentado detrás de una ventanilla ni se ha ido de compras en horario de trabajo. En cambio, sí que hace las delicias de miles de gourmets dispuestos a pagar cualquier precio por un plato de sopa.

La tortuga indonesia se comporta siempre de forma dubitativa. Avanza y, al instante, recula con un gesto indeciso como de vuelta usted mañana.

Si le enseñas un palito suele enfurecerse, aun cuando éste sea una florida rama de avellano.

Con su caparazón se hacen collares de carey que son muy apreciados por los turistas que visitan La Orotava, Sausalito y Ciudad del Cabo.

# LA COCINA DEL INFIERNO

Sé de algunas cocinas en las que siempre hay un trajín de ollas, de espitas que lanzan vapores, de cafeteras tranviarias, de humos que se agolpan en campanas con formas de bulbos como la catedral de Constantinopla.

Me han hablado de chimeneas como sombreros hongos en días de niebla, de relojes que no dan las horas porque no les da la gana y de teléfonos que sueñan sin ton ni son: sin que nadie llame ni se cuelgue, equilibrista, del otro lado del auricular.

Sospecho, además, de los cobradores de la luz que llaman con los nudillos finos y cuando les abres descubres minúsculas pavesas en sus ojos.

Sé, en fin, de Cocinas del Infierno de las que nadie ha salido.

En casas así, el desbarajuste es mayúsculo y es posible ver doncellas con la cofia torcida y un temblor de 1780 en los pasitos cortos.

El mayordomo siempre juega a las cartas en algún rincón de la planta baja y cuando alguien descubre que ha hecho trampas, se saca de la manga una partida de nacimiento.

Ves la letra amarilla, el papel antiguo y las cifras altas y orgullosas que forman esta fecha: 1780.

Desaparece, entonces, el muy tunante.

Así de fácil.

-Yo, en realidad, debería estar muerto -dice con una risita, antes de esfumarse.

A nadie le gusta ir de visita a ciertas casas. Pero ocurre que cuando ya has entrado, no sabes cómo irte. Nadie encuentra la manera de salir.

Quédate a cenar –te dicen y te empujan hacia el cuarto de música para presentarte a sus animales de compañía.

Estornudo cada vez que veo un gato –a lo mejor te inventas tú, como simple excusa.

Excusa bastante simple, por cierto.

Entonces –te sugieren mientras te arrastran por un pasillo tenebroso– vente a la cocina.

¿A quién le gusta que lo obliguen a tomar un café recalentado, aguado, largo como el suspiro de una señora oronda?

A nosotros, tampoco.

Nos da un poco de aprensión el olor a col que nos hace toser cuando llegamos a la extraña estancia de luz cansina, en donde se oye un cacareo.

La señora gallina se presenta...

¿Quién no tiene, en situaciones así, un compromiso que no se puede aplazar?

¿Quién no recuerda un bautizo feliz al que debe asistir. O un funeral inexcusable?

Todo el mundo, naturalmente...

Pero si has entrado en las Cocinas del Infierno, olvídate del mundo, muchacho.

Bien, si ya te has familiarizado con la idea de largas horas entre humazo de sartenes, cocineros con bigote y una variopinta multitud llegada de no se sabe dónde, es hora de que te centres en el motivo de tu visita...

En primer lugar, debes tomar aliento porque las escaleras de bajada y las emociones te han cansado.

Una vez hecho este ejercicio corriente, te tienes que fijar en esa ristra de perdices con final desdichado.

Están ensartadas, las pobres, en una fina verguilla de metal.

Las conoces, pero no seas sentimental. No te pongas a llorar ahora.

Sí, qué me vas a contar... Son las pobre perdices de todos los cuentos.

Al principio parecen dichosas siguiendo las trapacerías y andanzas de esos Principitos caprichosos que se suelen hacer pasar por mendigos.

Vuelan tan alto que casi ni las ves, pero naturalmente están siempre allí donde hay que estar.

El corazón de las perdices late también al mismo ritmo que el de las aldeanas. Son leales y tiemblan cuando ellas tiemblan y las ayudan a hilar en la rueca algunas veces. Cuando los autores de los cuentos se ponen tontos y las obligan a hacer el papel de hacendosas y bien dispuestas. Es decir, siempre.

Ay, pobres perdices, a veces terminan ensartadas; fraternalmente ensartadas... Y otras, en la mesa de los impíos. En el banquete de bodas del desleal príncipe, (el que ya está cansado de vagar sin techo) y de la aldeana torneada, (la que está harta de hilar, también).

Las perdices sólo tienen un minuto escaso de felicidad. Llega cuando acaban de nacer y las bautizan con ese aristocrático nombre de *Alectoris Rufa*.

La dicha les dura poco. Enseguida las bajan del tratamiento respetuoso, para dejarlas en perdices vulgares.

Sólo conozco una que ha alcanzado cierta suerte de plenitud dichosa y no es otra que la llamada perdiz pardilla.



## POLLO A LA CAZUELA

No ha de suponerse que, a la cazuela, es la única forma de preparar un pollo. Hay muchas otras, pero sería una tarea ardua desgranar ahora las mil y una maneras.

Sobre todo porque en nuestro intento de ser prolijos y realistas, podríamos llegar a ser confundidos con un tratado de gastronomía.

Al fin y al cabo, con cazuelas y sin ellas, los pollos son siempre las mismas aves. Y lo que nos interesa es todo aquello que nos acerca a su naturaleza única.

A qué negarlo, los pollos son humildes. Son los parientes pobres, el eslabón perdido de todos los bestiarios.

Me apena que su final inexcusable sea siempre yacer rodeados de rodetes de zanahoria. Yacer en el centro exacto de esas pomposas bandejas que a veces son de alpaca, escasamente de plata y casi siempre, de acero oxidable.

De los pollos podría decirse lo mismo que dijo Shakespeare de la rosas. “Con cualquier otro nombre –afirmó William– olerían igual de dulce”.

Tanto da que se llamen así o asao, los pollos siempre acabarán, pobres míos, a la cerveza, al limón o a las finas hierbas y al estragón...

Todas estas crías de gallináceas parecen ser la misma pero hay diferencias... Por ejemplo, me sé la historia de una de ellas que se soñó faisán.

Es más ingenua que sus congéneres pero tuvo la fortuna de elegir bien. Se decidió por vivir en un país muy frío.

En esas naciones lejanas, del norte, cuando llega el invierno, empieza a mudar de color.

Atrás quedan los tonos cenicientos, las manchas rojas, negras y blancas.

En enero, si empieza a nevar copiosamente, ella se vuelve blanca como los sueños de los niños.

Y únicamente entonces se decide a emprender el vuelo.

Y vuela y se pierde, amén, entre nubes y mares.

Nadie la ha visto acercarse, ni de lejos, a países de montañas azules; de érase que se era...

Adiós, perdiz, adiós.

En fin, debería hablarles ahora de los pollos que terminan en las cazuelas.

Pero tendrá que ser en otra ocasión. Si es que acaso les apetece el guiso...

Había una vez un pollo que andaba siempre contoneándose porque estaba convencido de poseer magníficas plumas.

Qué deliciosa es la vida –se decía– cuando se es un bello y hermoso faisán.

Eh, pollo –le gritaban los niños– te comeremos en Navidad.

Él, naturalmente, los miraba con desdén. Nunca había leído a George Eliot, porque faisán o pollo no se tiene noticias de que ninguno de ellos escriba o lea, pero se repetía aquello de “un poco de contenido desprecio contribuye a dar elegancia a la vida”.

Mientras el resto de los chicos de la granja se alimentaban con lo que podían, picoteando aquí o allá, él, nuestro personaje, ensayaba andares airosos y se imaginaba que paseaba por regios jardines.

¿Qué pinto yo en este villorrio? –se preguntaba cuando miraba la casuca y los contornos.

Eh, pollo, te comeremos en Navidad –le seguían gritando los niños y pasaban los meses y la verdad es que, a sus compañeros, se les veía mucho más guapos y lustrosos.

Qué asco –pensaba él, cuando contemplaba el espectáculo penoso de todos sus amigos comiendo mondas de papas y batatas podridas.

Hay cientos de jardines reales en el mundo y mansiones de millonarios que a veces se pueden ver en la televisión.

Quedaban lejos, es verdad. Había todo un mar por medio.

Pero ocurrió una cosa muy graciosa.

Le retorcieron el cuello a un faisán en Kuala Lumpur para servirlo en la cena de un embajador. Y en ese preciso y precioso instante, el pollo fantástico se vio obligado a comer una lombriz... No podía resistir más aquella dieta feroz...

Estaba escuálido como un cuello de gallina.  
Eso sí, elegante y delgado como un silbido.  
El padre de los niños que le gritaban “eh pollo”,  
sin duda se comportó como un patán.  
Le retorció el pescuezo y lo tiró a la bolsa de la  
basura mientras chasqueaba la lengua, pesaroso.  
Éste no iba a servir ya ni para sopa... –pensó.  
Para la próxima Navidad todavía quedaban mu-  
chos meses...

### ***Gambas escocesas***

Esa es otra especie. Andan siempre muertas de  
miedo entre tenedores y manteles nuevos de hilo pero  
su destino trágico es muy semejante al de los pollos al  
ajillo o las perdices que se cazan,

(Pum,pum) sin ningún problema...

Las gambas escocesas se llaman así porque vie-  
nen nadando desde Escocia y porque les gusta el olor  
de las bebidas fuertes. Después de todo han vivido toda  
su vida en un mar en donde abundan los sargazos, los  
barcos fantasmas y los marineros muertos que beben  
en demasía pero manejan, con tino, el timón. Como si  
nada...

Las gambas escocesas tienen el mismo color son-  
rosado de los naturales de Glasglow que toman mucho  
sol en la Playa del Inglés, pero suelen ser más sabro-  
sas.

Hay quienes sienten pavor a matarlas y, consi-  
guientemente, a comérselas porque dicen que podrían  
tener alma.

Cosa que por cierto no parece muy cargada de  
razón porque sujetos hay que, en principio y mientras  
no se demuestre lo contrario, tienen alma y, no por  
ello tiene uno menos ganas de que dejen de existir...

Piense en los traficantes de armas y drogas, en los escuadrones de la muerte que matan a los niños de la calle en Brasil. Piense en los terroristas fanáticos que plantan bombas como otros plantan flores, en los que apagan cigarrillos en los tiernos cuerpos de los bebés, piense en fin, en tantas especies de desalmados...

Pero, por favor, no se coma las gambas escocesas.

Por si acaso...

# INSECTOS AZULES

**E**s cosa sabida que el deber de todos los insectos, todavía en edad de merecer, es reproducirse, crecer y molestar a los humanos.

Sean de la especie que sean, los insectos tienen a gala picotear las pieles más blancas y sensibles. No desprecian, empero, las dermis ajadas o curtidas por el destino y la dura vida.

El mundo de los insectos es tan vasto que no nos proponemos, en este Bestiario doméstico, otra cosa que la humilde tarea de acercarnos a los insectos azules.

O sea, presentarles de forma muy modesta a todos aquellos zumbones y molestos insectos que abundan por las cocinas y los hogares.

El por qué son azules es algo que no me encuentro en disposición de explicar.

¿Tal vez son nobles? No creo.

¿Han tomado algún preparado medicinal para combatir ciertas enfermedades y se les ha vuelto azul la trompetilla? Tampoco lo creo.

¿Proceden de la misma región que los tuareg? Ah, quién sabe...

Los entomólogos tampoco han observado ninguna predisposición ideológica a la hora de buscar a sus víctimas.

Lamentamos, pues, no poder arrojar luz, ninguna luz.

En el Bestiario doméstico lo único que hemos podido encontrar ha sido una columna de Géneros y Subgéneros en la que aparecía consignada esta especie

Dentro del grupo de insectos azules se halla, sin duda, la mosca del vino.

Es la más viajera de cuantas moscas surcan nuestros cielos.

Viajó a Bristol y a Flandes cuando casi nadie viajaba. Y lo hizo muy a gusto, bebe que te bebe, dentro de una barrica de vino vidueño.

Se sabe que hacia 1558 tuvo la pretensión absurda de trasegarse, al año, ochenta mil pipas de Canary Sack, que era un vinillo muy apreciado, por entonces.

La mosca del vino tiene poco aguante, así que no había llegado ni a los tres cuartos de pipa (1) cuando ya, en pleno delirium tremens, salió volando y se arrojó al mar, a la altura de la isla de Madeira.

Esta mosca se empezó a volver hogareña hacia el siglo diecisiete y le tomó el gusto al caldo peleón, ya en nuestro siglo.

Es una mosca detestable que, entre un Malvasía de Lanzarote y Viñátigo de Tenerife, se queda siempre con Don Simón.

A veces me pregunto si, en vez de dentro de una barrica añeja, no habrá estado en algún armario escondida...

### ***Los mosquitos de la leche***

Dicen que Cleopatra se daba auténticos baños de leche de burra. Dicen que por eso tenía una piel tan seductora y perfecta, que por eso enamoró a Julio César y a Marco Antonio. Y dicen, además, los bestiarios que los mosquitos de la leche son tan antiguos como el

---

(1) La pipa es la medida de volumen para el vino

hombre mismo y que no se descarta la posibilidad de que, en los baños egipcios, cayeran también como una plaga.

Los mosquitos de la leche tienen tanto derecho a alimentarse como ustedes o nosotros. De ahí que los bestiarios domésticos recomienden cierta tolerancia y benevolencia.

“Deje reposar la leche unos instantes. Deje que los pobres hermanos del paludismo se alimenten en este mundo civilizado y cruel. Y después, pásela por el colador, expulse los insectos y hierva el contenido lácteo de su vasito, para mayor seguridad y salubridad”.

### ***Escorpiones y ciempiés***

Estamos tan asombrados como ustedes.

Sabemos que los escorpiones y los ciempiés no pueden, de ninguna de las maneras, formar parte de la familia de los insectos azules.

También nos preguntamos a título de qué aparecen en un bestiario doméstico.

No sabemos de nadie que se haya encontrado un escorpión en la nevera.

Respecto al ciempiés, la cosa es distinta.

Se llamaba Juan y se hacía pasar por marqués. El marqués de Branciforme. Ya se ve que no le gustaba mentir...

El caso es que el marqués tenía solo dos brazos y dos manos, pero cuando le daba por abrazar, todo él parecía un solo y largo brazo.

El hombre pulpo. El largo brazo de la Ley.

Branciforme era el novio de una cierta chica.

Con la excusa de que era de la aristocracia se dejaba invitar aquí y acullá. Y con la excusa de llamarse Juan le hacía garatusas a cualquier chica mona.



La novia de este hombre, que resultó ser un ciempiés doméstico, empezó a amostazarse (que es algo así como enfadarse o picarse como si se masticaran granos negros de mostaza) y se lo dijo bien claro.

Tú serás muy marqués y te llamarás Juan, pero del mes que viene no pasa o te casas conmigo o...

El error de esta chica fue dejar la frase abierta...

El marqués aprovechó la ocasión para salir y echar a correr.

Tenía cien pies y se dijo.

¿Para qué los quiero?

Para correr, granuja, para correr -le gritamos nosotros desde aquí, mientras le afeamos tal conducta.

## FIERAS Y ÁNGELES

**E**l hombre triste luce su singular figura de bestia taciturna con la natural despreocupación con que las águilas cruzan los campos yermos.

Para él, cualquier día luminoso es noche negra; cualquier verdor, páramo inútil.

El homo laconicus, que también así es conocido, camina con un arrastrar de pies característico.

Nunca surca los cielos con sus ojos; tampoco escudriña llanuras abiertas.

Avanza por las ciudades con la mirada fija en las losetas, atento a las roturas por las que se cuele la mala yerba y a las rendijas de los muros de las casas terreras. A las sutiles imperfecciones, en fin, de la naturaleza toda.

Bebe poco porque le angustia ver la botella medio vacía, por eso algunos tratadistas han querido ver ciertas semejanzas entre esta especie y la de los dromedarios, tan capaces ambas de avanzar por largas superficies pedregosas sin necesidad de agua.

A los hombres tristes les atraen, sin embargo, algunas clases de líquidos espirituosos, mezclas abrasivas o combinados narcotizantes.

Pero se ha observado que su conducta cambia, según vayan en manada o solos.

Así pues, si se analiza detenidamente a un rebaño de hombres tristes que beben en una taberna se acaba comprobando que, en un momento u otro, lanzan gritos sanguinarios, proclamas de guerra y hasta canciones soeces o sediciosas.

Por el contrario, el hombre triste que se apalanca en una barra y se trasiega, él solo, una botella de vino o un escocés seco acaba, en la mayoría de los casos, con lágrimas en los ojos.

También puede ocurrir que termine contándole a otro individuo, de otra especie muy distinta a la suya, la lamentable historia de su vida. Y es que el hombre triste es pesimista por vocación y definición...

### ***La mujer templada***

Nunca pierde los nervios por complicadas que sean las situaciones que se le presenten. Arrogante y altiva, presume constantemente de tener el control de los hechos en su mano.

Quimérica apariencia, donde las haya, porque aunque ella crea que endereza a su antojo su vida, en realidad es otra mujer, la temible Fata Morgana, la que decide lo que ha de venir; lo que podrá solucionar y lo que no.

La mujer templada no está a salvo de las pasiones irracionales o la ira. Tiene, eso sí, un curioso don: la virtud de ocultar las tormentas y vendavales que bambolean su ánimo.

Su conducta parece lisa como un mar en calma pero no es cierto y su mucho esfuerzo le cuesta.

Suele confundirse a esta especie con otra más hierática, conocida como la mujer de hielo pero no es la misma...

La nuestra, la que nos ocupa en este apéndice de criaturas antrozo-mórficas, es, en realidad, un torbellino de deseos contrapuestos pero pasados por el tamiz de la razón y lo conveniente.

La mujer templada tiene una apariencia de suficiencia tal que suele irritar a los hombres. Habla de forma categórica y de las cosas más nimias procura hacer una ciencia secreta y antiquísima de la que únicamente ella parece conocer los secretos.

Aunque trabaja, nunca se cansa y, a veces, adopta un impertinente aire de diosa Atenea que lleva a la desesperación, a más de uno.

Finge conocerlo todo, aún a sabiendas de lo mucho que ignora. Pero se trata de una estrategia para confundir al adversario... Una cortina de humo que la oculta siempre del enemigo, de tal forma que, aunque su castillo nunca es inexpugnable, son pocos los caballeros de fortuna que se arrojan a la aventura.

Un estudio realizado en un laboratorio de la Universidad de Michigan ha puesto en evidencia una curiosa debilidad de la mujer templada.

Se aisló a una de ellas, sin nadie con quien hablar ni sujeto alguno que la observara. Poco a poco fue perdiendo el interés por todo y abandonando su portentoso autodomínio.

Por lo tanto es evidente que es una fiera exhibicionista que se crece en las situaciones límites; en los momentos desesperados.

Se sabe además que, aunque es rara, tampoco es infrecuente.

No se halla, por fortuna, recomendada en los catálogos de animales en peligro de extinción

### ***Los chinijos y chinijas***

La primera descripción de la ciudad de Arrecife la realizó, en el siglo dieciséis, el inglés Thomas Nicols.

De cuanto el británico observara sacó buenas conclusiones un compatriota suyo, un tal William Bull que nunca ha pasado a la posteridad, a pesar de haber

escrito un libro muy curioso, que se publicó en 1900 y que vio la luz gracias a sus propios medios y a una vieja imprenta de la ciudad alemana de Maguncia.

Lo más notable de esta obra brevísima, que apenas cuenta con setenta páginas, sin duda tiene que ver con un error de bulto que cometió Bull.

Cuando el inglés llegó a la capital de la isla, se entusiasmó por cuanto veía e intentó aprender de lo que pasaba ante sus ojos u oía.

En el último capítulo del libro habla de algunos animales, terrestres o aéreos que cabe encontrar por las calles de la villa. Y naturalmente describió un camello. Y dibujó un guincho, hermoso y orgulloso en su corto vuelo.

El tremendo batacazo del autor (razón por la que nunca se encuentra su libro en las bibliografías serias) se dio cuando confundió ángeles y bestias.

Era un día de bajamar, de marea vacía, de septiembre y poco viento. Por la playa del Reducto jugaban unos cuantos niños y niñas.

Hacían pequeños hoyos en la arena, y gritaban contentos y ajenos, todos ellos, a unas cuantas gavio-tas que también lanzaban sus chillidos a la mañana azul.

Oyó la palabra chinijas, pronunciada por una mujeruca del barrio de la Destila que estaba bastante harta de aguantar a cuatro de aquellas crías que eran suyas (había parido al menos catorce) y el impaciente inglés creyó que se estaba refiriendo a las volátiles matutinas

Bull era audaz, así que, junto al albatros, el alca-traz y otras hermosas aves marinas, colocó sin rubor a las chinijas.

Llegó a la temeraria conclusión de que era una especie autóctona de gavinas que sólo se encontraban en esta parte del Atlántico.

“Las chinijas –escribió– son aves marinas de color blanco, parecidas a las gaviotas pero más pequeñas que estas”.

Andan siempre enredando sin importarles el tiempo que haga. Cuando llueve emprenden el vuelo y buscan guarecerse en lugares techados. Por eso es fácil verlas, formando pequeños círculos, los días más soleados del año.

Mientras corretean por la orilla, trazan dibujos en la arena y tan pronto parecen estar en desacuerdo como en armonía absoluta.

Son, en fin, animales gráciles y adorables que crecen deprisa, sin que te des cuenta...

# ETNÓLOGOS, ENTOMÓLOGOS, NATURALISTAS

**O**bservadas en cautividad, todas las especies muestran un talante resignado.

Una apariencia poco belicosa que, en realidad, no poseen.

Cualquier bestiarío que se precie, por muy fantástico que sea o por muy maravilloso que pretenda ser, debe, por tanto, cotejar datos y analizar hechos.

Por un lado, las certidumbres que los naturalistas obtienen tras un estudio minucioso y tras una seria observación de las muchas fieras que viven en libertad.

Por otro, la experiencia particularizada e individual de aquellos especímenes que, una vez capturados, humillados y derrotados, viven en régimen de aislamiento.

Dicho esto, todas las afirmaciones que aparecen vertidas en este estudio deben ser tomadas como tímidas aproximaciones a un ámbito del conocimiento que se presume infinito.

Tampoco está de más advertir que los autores de este tratado nunca han querido ser categóricos, aunque en ocasiones lo parezcan.

La verdad es que en todo momento han deseado exhibir una conveniente objetividad, aún a sabiendas de que es inevitable mostrar preferencia por uno u otro bicho.

Al fin y al cabo, los que, como ustedes y yo, nos dedicamos al antiquísimo arte de los bestiarios somos de carne y hueso.

Fibras, músculos, humores, sangre, corazón...  
Todo eso tenemos...

Es cierto, sin embargo, que puede decirse que no todos hemos ocupado, en el pasado, la misma brillante posición dentro de la escala social. Una insignificante circunstancia que, por fortuna, no ha resultado una cortapisa a la hora de mostrar un tierno amor por las mulas, los pulpos o los ornitorrincos.

En definitiva, un apego dulce a todos los seres vivos, sin excepción, a pesar de lo que ya escribiera una ilustre viajera inglesa.

“Las clases más bajas de la mayoría de los países muestran poco cariño por los animales”, exclamó, rotunda, la señora.

Bien, pues si de dulzuras hablamos tendremos que referirnos al grillo del hogar...

Ese cantarín invisible que ilumina las noches mas oscuras es casi tan famoso como el espíritu de la Navidad o la pequeña Dorrit.

Se deja ver poco, consecuencia sin duda de un talante desconfiado. No podemos culparlo...

Según la teoría de un ilustre etnólogo, los grillos del hogar guardan en su mapa genético la memoria de toda su especie. Un recuento que se remonta a más de mil millones de años.

Han visto ya, en tanto tiempo, tantas clases de tropelías distintas que no se fían de bicho viviente alguno. Por eso es por lo que buscan el hueco de algún muro para hacer su nido.

También por eso emiten un canto que parece alegre pero que tiene la finalidad de ocultar, como una cortina de humo, su exacta posición en el planeta calle o en el umbroso jardín, depende de en donde hayan montado su campamento...



La extensa literatura científica existente cita al italiano Collodi (1) como uno de los ilustres personajes que anduvieron en tratos con alguno de ellos.

En cambio, los que esto suscriben no han tenido relación suficiente como para aventurar una descripción minuciosa.

Del grillo del hogar se sabe poco. Se sospecha que prefiere la noche, que tiene un canto ronco, monótono, oscuro, de callejón; que, cuando la escarcha o el relente empaña los cristales de algunas casas, procura erosionar la cal y el cemento del muro que le da cobijo. Y parece entonces que pretendiera invadir hogares ajenos, a fuerzas de minúsculas acometidas

Pero si hablamos de grillos tenemos que hablar de James Anderson, el etnólogo que se ha convertido en una autoridad en la materia.

Se cuenta que pudo describir la vida y costumbres de los grillos por un golpe de suerte.

Quería graduarse en la universidad de P... y, con el objeto de escribir su tesis doctoral, se desplazó a las tierras altas del Canadá. Al final, en vez de analizar los modos de vida de los indios iroqueses, se centró en el estudio de los grillos.

Fuera por su inveterada afición a la bebida o por error tipográfico, la mayoría de las enciclopedias, cuando lo citan, suprimen la T del que fuera su principal campo de trabajo y disciplina.

Se cuenta que, para calentarse en las tierras altas algonquinas, tan proverbialmente frías, Anderson solía abusar de un aguardiente muy conocido.

---

(1) Se sabe también que el novelista Charles Dickens dedicó al grillo del hogar una distraída mirada

La audacia de su genio o la altísima graduación del licor que tomaba, no sabemos, le llevó a pergeñar una atrevidísima hipótesis.

Sostiene Anderson (2) que los grillos fueron animales sagrados hace millones de años.

Los hombres de aquella remota época los adoraban y en el corazón de cada casa se construía, en su honor, un altar pequeño, rico en oro y alhajas.

Los grillos, un día, fueron atacados por sorpresa y destronados por sus parientes, los escarabajos, que temiendo una venganza emprendieron un largo éxodo y llegaron hasta el Bajo Egipto.

Desarmados y vencidos pero no resignados... Los dulces grillos del hogar juraron y perjuraron que no quedaría la cosa así.

Lo lamentable del caso es que cuando estaba a dos pasos de rematar su teoría y terminar de contar la apasionante historia de los grillos miocénicos, Anderson dirigió su atención hacia la entomología y la vulgar mosca del vino.

Sobre la mosca del vino no ha dejado, sin embargo, nada escrito. No tuvo tiempo: una cirrosis aguda se lo llevó al reino del más allá.

Según parece ahora habita en un jardín en el que nunca es invierno, y en donde cada tarde oye cantar a una hermosa especie de grillos dorados.

---

(2) James Anderson nació en Salt Lake City (Utah) en 1924 y murió en 1974. Se enamoró de Canadá cuando, siendo aún muy joven, intentó desertar del Ejército y viajó a Ontario. A finales de la década de los sesenta fijó su residencia en Mackenzie, en donde vivió hasta el final de sus días, dedicándose no se sabe muy bien a qué.

Lo aseguró durante una sesión de espiritismo, una noche que lo hicieron volver. Dijo que no existía felicidad mayor y después blasfemó e insultó a todos los que andaban perdiendo el tiempo con la ouija.

“No me vuelvan a llamar si no es para algo importante”, advirtió con ese hablar ceceante que, en vida, le daba el aguardiente.

# HÉROES EN LA SOMBRA

No son tan gráciles y coloreados como las ramas de los árboles de los bosques de Sherwood, ni se alimentan de arbustos como los de aquella otra floresta que hizo caer a un rey. El bosque, quién no lo recuerda, llegó hasta las puertas del palacio para que los vaticinios se cumplieran.

Son mamíferos artidáctilos, rumiantes de carne y hueso, que no de cartón o de madera como el caballo que llegó hasta el corazón de la ciudad griega y decidió la suerte final de Troya.

Viven mal porque nadie les agradece los servicios prestados. Así es desde el mioceno, desde hace cinco millones de años.

Se desecó todo el Mediterráneo y pudieron llegar, caminando a buen paso; África arriba hasta la Península Ibérica.

El Paracamelus, que así se llamaba entonces, todavía vivía sin amo que le fastidiase.

Se alimentaba de vegetación dura y, como los actuales, en las patas tenía dos únicos dedos.

Los dos dedos de los protocamellos solían estar muy separados entre sí, formando un ángulo muy abierto. Lo que, según los tratados al uso, “constituye una adaptación típica para la locomoción sobre sustratos blandos”.

Los camélidos de antes eran, además, infinitamente más grandes que los de ahora. No en vano casi toda la tierra, menos los casquetes helados, era para ellos.

Los molestos turistas que ahora se le suben a la chepa no estaban en los planes de los dioses, que, por entonces, preferían jugar a los dados.

Pero los camellos, la quintaesencia del estoicismo, la paciencia llevada a las arenas del desierto, han tenido a lo largo de sus vidas un papel muy crucial en las nuestras.

Uno de esos momentos inolvidables ocurrió en 1740.

En aquel entonces, Funchal, la capital de Madeira, era una especie de cuartel general de la piratería; de los corsarios que apresaban barcos y cargas a lo largo de todo el Atlántico.

De Funchal a Fuerteventura hay apenas un paso. Así que los caballeros de fortuna, al servicio de su Graciosa Majestad británica, un día sí y otro también, amedrentaban a los pacíficos majorereros que no tenían más pretensiones que la de seguir siendo los proveedores de grano de todo el Archipiélago.

“Una isla tan larga, con numerosas bahías y playas idóneas para un desembarco, se hallaba desprovista hasta del menor vestigio de fortificación”, contaron, más tarde, los estrategas del momento.

El granero de Canarias estaba en un sí es no de irse al garete.

Además, los bucaneros que merodeaban por estos contornos no se andaban con chiquitas.

Nunca se ha visto un camello al abordaje, en guerra naval alguna. Pero ocurrió que la tripulación de Davidson desembarcó en busca de más presas o de camorra. O de ambas cosas. Y he ahí que el humilde camello se deja conducir por los amos. He ahí que se junta en manada. He ahí que entre todos forman una trinchera móvil sobre el enemigo.

Fue el 13 de octubre y las crónicas lo recuerdan como un día memorable. Cuarenta y tres majoreros parapetados tras cuarenta o cincuenta camellos.

La suerte se decidió a favor de los invadidos que “fueron arrastrados por la romántica estampa del teniente coronel Sánchez Umpiérrez”, a la sazón capitán general de la isla.

La batalla de Tamasite que todos los años los naturales de la zona reviven permitió contemplar escenas memorables como la defensa a ladrillazos de unos o el ímpetu del anciano capitán don Baltasar Matheo, quien “con sus ochenta años entró al enemigo” montado en un burro pero lanzando encendidas exhortaciones de ánimo a sus soldados.

Ancianos, niños, curas, mujeres y camellos. Todos a una pusieron de su parte para entrar en la Historia.

Después, el tiempo pasó. Y los graneros se volvieron grandes plantas industriales; corn flakes para las cocinas del mundo del bienestar.

Y los piratas ya no son sanguinarios pero sí voraces. Navegan por los mares de los negocios y las costas cibernéticas.

Las guerras se hacen para salir en los telediaros y los camellos tienen una mirada torva; de hartura; de cansancio crónico.

Quién no la tendría si tuviera que llevar a cuestas a un ejemplar muy corriente del más vulgar homo turisticus.

Ese ser inevitablemente humano pero que tantas veces se comporta de forma brutal, inexplicable, irracional, absurda.

---

## SEGUNDA PARTE

---

## BEATUS ILLE

**F**eliz aquel que para vivir elige un lugar apartado. Un rincón arbolado por el que no pasan carreteras ni autopistas; que pone la televisión justo lo imprescindible, apenas sin tomar en cuenta a los muchos feriantes que viven hacinados en tal barraca; que no envidia las gracias ajenas, ni la fortuna de los otros, ni sus flamantes automóviles con elevallas.

Feliz aquel, que asentado en lo más hondo de la olvidada naturaleza, se construye una casa a la medida de sus discretos afanes; de su inteligencia, mañana, tal vez, en ruinas.

Feliz aquel que ha apostado por un tranquilo pasar entre páginas de libros, personas queridas, bastantes amigos y algunos animales de compañía...

Dichoso, pues, quien puede compartir sus días con las muchas bestias que habitan en las haciendas del campo...

Y entre todas ellas, ninguna como el paciente burro.

No siempre es suave y amable, como un Platero de peluche. Por el contrario, con frecuencia, su lomo presenta grandes manchones tristes y oscuros, igual que sombras sospechosas de pelagra.

Casi siempre muestra una terca insistencia en hacer lo contrario de lo que su propietario desea. Pero nunca se ha visto en ellos nada innoble.

Los burros, sin embargo, tienen una leyenda negra que comienza a la sombra de Caín; en el momento mismo en que el primer hermano del mundo tomó una quijada para matar al segundo hermano del mundo.



Sin que él se lo propusiera, a menudo, ha servido a los propósitos ruines de los inquisidores y los sátrapas.

Si avanzamos en la noche de los tiempos, nos encontramos con que, una vez, fueron objeto de una gran matanza.

Fue cerca de una colina conocida como Mitad del Camino.

Bien, al este de esa colina existe un paraje que se conoce como Corral de los Asnos.

Allí, en 1590, cerca de dos mil burros fueron asesinados.

¿Por qué? ¿Acaso por sus escasas dotes de penetración? ¿Porque habían contraído alguna penosa enfermedad? ¿Porque estaban viejos y cansados y no servían ya para cargar haces de leña y fardos y sacos?

Una de las víctimas fue una mula parda que se encariñó de una mujer llamada Quiteria.

Lo vio todo.

Primero se admiró de la belleza inhóspita de aquella isla dorada, después empezó a engordar, junto a sus compañeros, a fuerza de comerse el trigo.

Más tarde, observó que los pocos burros que habían llegado en la goleta que quedó fondeada frente a las costas, empezaban a multiplicarse de forma asombrosa.

Ella seguía siendo pacífica pero sus compañeros de manada adquirieron un no sé qué de indómito, un asilvestramiento en los ojos que daba un poco de miedo.

La mula de Quiteria era feliz. Comía muy bien y estaba encantada con la mujer que, de vez en cuando, la cargaba de bultos. Era alta y hermosa y tenía andares de princesa...

Pero fue la primera que se apuntó a la cacería.

Vio su talle de junco y se acabó todo. Y nunca supo que, en su muerte, se combinó “lo práctico con el placer”, ni que aquella carnicería se organizó en honor del capitán general que “se encontraba en la isla, en aquel momento, solventando algunos problemas”.

Entre los muchos burros que en el mundo han sido, conviene no olvidar tampoco a los famosos liliputienses, que según los viajeros, habitaron en La Gomera.

Eran tan pequeños que más que bestias parecían mágicas porcelanas de una vitrina.

Galopaban con un cabeceo gracioso y eran ágiles como gamos, aunque no faltó quien, en cambio, los comparara con perros de agua de Terranova.

Los burros liliputienses eran muy fáciles de ver hace un siglo, aunque es verdad que no siempre se dejaban acariciar.

Solían desconfiar de los humanos y andaban trotando a su antojo por los bosques de tilos.

Se alimentaban de los frutos de las zarzamoras, que son exquisitos y crecen por el campo de manera abundante.

Los burros diminutos como porcelanas de vitrina vivían en perfecta armonía con sus parientes mayores, los llamados burros de la menta.

Eran, estos últimos, una especie maltratada y utilizada como bestia de carga. Pobrecillos, alegraban la mirada cuando sus dueños, que casi siempre los hacían dormir en muladares, los cargaban de unas varas de menta salvaje y olorosa. A pesar de ser seres no humanos, por culpa de las varas de menta, soñaban con mejores destinos.

Y es que la vida casi siempre es difícil para los animales de arreo. Por eso es tan generoso quien dedica parte de su existencia a rodearse de criaturas desdichadas para hacerlas más felices, si cabe.

Feliz aquel que vive retirado del mundo y sus afanes. Aquel que tiene como altísima tarea la de mejorar su propio carácter y la existencia ajena.

Aquel que dedica idéntica compasión al viajero cansado, que se extravía y al burro, agotado, que da vueltas.

Andamos todos en la noria de agua que sube y baja...

## MINIATURAS

**E**l fatigado hombre de trabajo que se levanta por las mañanas y ve por la ventana siempre el mismo paisaje presenta, por lo general, una tendencia a la indolencia; una inclinación perpetua a dejar que las cosas corran y los hechos se sucedan sin, personalmente, ponerles impedimento.

En cambio, quienes (como las mujeres que ahora imagino) tienen la ocasión de abrir los ojos despacio, poco a poco, demorándose en esas láminas coloreadas que algunos dibujantes nos han dejado en herencia, muestran un natural más díscolo y una resistencia a aceptar el curso de los días o las órdenes ajenas porque sí...

En fin, enarbolan una rebeldía que nos hace pensar en la amazonas que tuvieron por antepasadas.

Por eso no es ninguna tontería aconsejar que algunas especies de aves vuelen por los contornos de los humanos.

Dan aliento a los resignados y fantaseo a los de imaginación escasa.

Pero no siempre es posible vivir en un paraje que permita la vida natural y salvaje. Es por eso que demorar la mirada en algún pasillo lleno de cuadros minúsculos puede convertirse, pese a lo estático de la escena, en algo perfectamente conveniente.

En la primera miniatura que vemos nos encontramos, por ejemplo, con un pájaro de color pardo con franjas blancas y negras en las alas y una cola arrogante, en forma de abanico.

Es naturalmente, el tabobo y tiene el tamaño de una paloma pequeña.

Era el animal preferido de Salomón, ese hombre sabio que tenía tan claro que nadie debía de conformarse con la mitad de algo si lo que le correspondía era una cosa entera.

En las causas y litigios que tenía que arbitrar, el tabobo le susurraba al oído algunas de sus celebérrimas sentencias. Y dicen que el juicioso Salomón quiso agradecerle de alguna manera su contribución.

Dicho y hecho: enarbolando su estrella de seis puntas, de propiedades mágicas, le otorgó un don.

Hizo que le creciera una cresta de oro. Y el regalo, naturalmente, se hizo extensivo a toda la especie. Pero ocurrió lo previsible. La especie depredadora por definición (los hombres a los que la ambición les ciega) comenzaron a perseguirles sin cuartel para hacerse con sus prodigiosas plumas.

En el mercado, por estas plumas me darán un buen puñado de monedas— se decían los codiciosos que, no contentos con arrancarles la cresta, les retorcían el cuello a los tabobos.

Es famosa la escena (la ha inmortalizado el etnólogo y también pintor James Anderson) en la que el tabobo de Salomón se presenta ante él y, en actitud modesta y suplicante, le ruega que las cosas vuelvan a ser como eran.

En el acto, el hijo de David accedió a los deseos de su alado consejero. Fue una suerte que el rey de los israelitas se diera tanta prisa porque en ese preciso instante uno de los últimos tabobos era perseguido por un mal hombre.

Los tabobos se salvaron pero por poco tiempo.

Los que quedaron le guardaron rencor al que consideraron el causante de su ruina. Se hicieron una especie rencorosa y menos regia.

En la actualidad, su canto es monótono y se caracterizan por el olor fétido que desprenden.

Así ocurre también con otros muchos linajes; que de altos vuelos descienden a condiciones más miserables.

Los tabobos ya no sirven para dar sabios consejos y, en cambio, se alimentan de repugnantes insectos.

Un pasado casi tan interesante como el de los tabobos es el de los canarios.

Aparecieron en Europa en el siglo dieciséis y anduvieron, primero, por Italia.

Como eran amigos de la aventura, los viajes y el riesgo, cuentan las crónicas que se embarcaron junto a unos mercaderes que tuvieron la desgracia de naufragar.

Los comerciantes se hundieron con todas sus telas y sus sedas y sus sueños de prosperidad y grandeza.

Los canarios, en cambio, pudieron volar hacia las nubes y encontrar refugio en tierra segura.

La primera costa en la que se refugiaron era la de la isla de Elba.

Este hecho tan feliz, salvarse de una muerte cierta de no haber encontrado tierra en el plazo de unos días, hizo que los canarios le tomaran apego a los territorios insulares.

Por eso se aclimataron muy bien cuando se los llevaron algunos emigrantes a Cuba y, por eso también, son capaces de sobrevivir en islas que aparecen y desaparecen bajo la bruma y la calima.

En tierra firme, ya sea en Gran Canaria o Tenerife, tienen una dieta humilde a base de cañamo y otras fruslerías por el estilo.

Según el doctor Smiles, un inglés interesado en disciplinas poco hipocráticas, la crianza de esta clase de pájaros estuvo muy extendida entre los zapateros del Archipiélago.

Un gremio al que, a decir de Smiles, “normalmente le gustan mucho los animales de compañía, especialmente los pájaros. Muchos de ellos se rodean de pájaros cantores y algunos son conocidos por ser excelentes aficionados y muy conocedores”.

Esto debe de ser cierto porque hubo un tipo al que, hace mucho tiempo, le pusieron unas medias sue-las en los botines y le cobraron un pico.

Menudo pájaro –dicen que el cliente exclamó, al tiempo que salía del establecimiento del remendón.

En la actualidad, los zapateros, (que cada vez son menos) hacen un trabajo excelente, cobran lo razonable y no son tan aficionados a los canarios.

La miniatura que se puede admirar en algunas galerías acristaladas de algunas casas los muestran en el momento en que, por estar en cautividad, se vuelven amarillos...

# PRODIGIOS

Los prodigios existen. Lo corrobora Martín del Río en sus Disquisiciones mágicas y lo prueba el suceso que le acaeció a una mujer que se lavó la cara con agua fresca, oreada por los primeros aires de la mañana, y se volvió hermosa.

El agua ha de mezclarse, sin embargo, con caparazones de caracoles rosados.

La mujer que antes era fea no cupo en sí de contenta. Saltaba y bailaba y parecía una loca, a ojos de todo aquel que no conociera la raíz de su gozo.

Catalina García, que ese era el nombre de la agraciada, no se cansaba de palparse la cara con las manos. Aquella piel, antes rugosa y con marcas de viruela, ahora era seda, melocotón, verano encendido...

Cuando ya llevaba un par de horas dejándose llevar por el júbilo y estaba cansada de dar felices volteretas, se dio cuenta de un pequeño inconveniente. Iba a ser complicado salir a la calle. ¿Cómo explicar el cambio? ¿Qué dirían de ella? ¿Se apartarían de su lado cuando pasara?

Pese a todo, quería salir.

El cielo tenía una apariencia diáfana y ella, veinte años y una cara digna de los pinceles de Fray Angélico.

Para solucionar el conflicto cogió de nuevo otro puñado de caracoles rosados. Entró en su dormitorio y los lanzó sobre la colcha de su cama como si jugara a los dados con Dios.



Los caracoles le dijeron: no te preocupes. Y lo portentoso fue que salió a la calle y todos la saludaron, le sonrieron, le hablaron como si no pasara nada.

Igual que si hubiese sido siempre una muchacha francamente atractiva.

Y todo gracias a los caracoles rosados...

Para mal nuestro, no se tienen noticias de dónde pueden encontrarse ahora esta variedad de moluscos.

Conocemos otras más vulgares y menos maravillosas. Por ejemplo, la especie de caracoles que se comió la señora Stone en 1883, cuando andaba de viaje por alguno de los *seis satélites* de Tenerife.

Bien, a mi modo de ver también representan un prodigio los pequeños sarantontones.

Esas criaturas rojas y negras, que como grumos de lana se te pegan a la ropa, los días de mucho calor.

Pero después de un buen plato de burgados al vinagre, nada como dar una larga caminata. Eso fue lo que hizo la autora de "Noruega en junio".

"Mientras caminábamos, dice, por una tierra suelta y ligera, casi arenosa vimos miles de pequeños escarabajos rojos del tamaño de mariquitas con marcas negras en el lomo".

"Estaban, escribió, agrupados y, cuando se amontonaban, parecían zonas de alguna hierba o flor roja"

Los sarantontones tienden a ser confianzudos, a trepar por los más llamativos cabellos del color de la alheña o a instalarse, cachazudos, en una espalda bronceada y tersa. Esto último ocurre siempre y cuando sea un día de julio; un bonito día de verano.

Los sarantontones tienen poco que ver con los escarabajos por eso no suelen introducirse, sin miramientos, por el conducto de los oídos como sí que le ocurrió a un explorador en África.

Avanzaba feroz, el bicho, pabellón auditivo adentro y tuvo, el viajero, que matarlo con un cuchillo que llevaba al cinto, y aún estando dentro de su propia oreja.

Se quedó sordo una temporada larga. Y durante los siguientes meses, cada mañana se tropezaba con una nueva sorpresa que era una mezcla de cerumen y patas.

Los sarantontones, en el caso de que se cuelen, por ejemplo, por la nariz, apenas provocarían un cosquilleo gracioso; algún estornudo feliz.

Si proseguimos en nuestra tarea de asombrarnos de lo inaudito que bajo el cielo sucede, nos encontramos con que el último prodigio del día tiene que ver con animales de mucho mayor tamaño.

Érase que se era...

Estos eran tres caballos.

Los había comprado alguien en el mercado de San Mateo y tenían que ser trasladados a una finca de Fuerteventura.

El mar y el viento hicieron que la travesía en barco fuera un verdadero tormento. Aquella cáscara de nuez se movía y se removía.

A cada instante parecía más seguro el naufragio...

El barco resistió los embates de la tempestad pero los animales sufrieron tanto que uno de ellos murió y tuvo que ser arrojado por la borda.

Quienes suelen hacer esa ruta pueden verlo todavía trotando por encima de las olas.

Dicen que cabrilla y caracolea en los días más claros.

Y es que, amigos mío, ha acabado convertido en un delicioso caballito de mar.

Y si inverosímiles son los hipocampos que fingen haber cabalgado en tierra firme, no lo son menos las damas de las fuentes... Esa suerte de criaturas que, aunque poseen apariencia humana, son enteramente de la especie animal.

Las mal llamadas damas crecen en lugares húmedos o, por lo menos, suelen rondar por ellos, como si entre las cascadas, los ríos o los lagos estuvieran en su elemento.

Podría decirse que se asemejan a ciertas clases de mariposas con la particularidad de que van dejando un polvillo dorado a cada batir de alas.

Dicen que ver un lepidóptero de estos, da buena suerte, a menos que el día en cuestión sea un martes.

Entonces es de mal fario...

Es el presagio de alguna tragedia; por eso los naturalistas suelen representar a las mariposas conocidas como damas de las fuentes junto a una mujer llorosa; al lado de una desdichada que gime y gime sin consuelo.

Nunca me han gustado las colecciones pero siempre que contemplo estos grabados siento un deseo irrefrenable de ver a la tal mariposa con un par de alfileres en las alas.

Aunque dicen que atrapar damas de las fuentes es casi tan aciago como encontrártelas un martes...

## BELLEZAS INFRECUINTES

No todas las bellas lo son de la misma manera. Las hay lánguidas, furiosas, aguerridas. Hay mujeres, como también hay hombres, que destilan fiereza y encanto, a partes iguales. Criaturas espléndidas que parecen inmóviles, igual que esas esfinges arcaicas de todos los tiempos y de cualquier planeta.

Pero dentro de ese inabarcable muestrario en el que, por fuerza, ha de estar presente el don de la hermosura, pienso apenas fijarme en ejemplares raros. Bellezas poco frecuentes que son, casi siempre, un cruce dañino.

He de comenzar, por tanto, hablándoles de ese hombre que se salva gracias a su terno nuevo; a la chaqueta cruzada (un Blazer, que diría Lord Brummell, si fuera contemporáneo nuestro).

Un buen corte y un sastre diestro es lo único que lo separa de la enmarañada jungla porque este hombre, este digno sucesor de Petronio, se asemeja bastante a un pariente muy viejo, que habitaba en África.

“El gorila es un pobre simio, y no, en modo alguno, un ser infernal, a medias hombre y a medias bestia”, escribió, con su habitual buen juicio, el capitán Burton.

Entre quienes presumen de atractivos abundan, conviene reconocerlo, especímenes simiescos que apelan a nuestra ternura primigenia. A esa llamada de la selva a la que respondemos siempre porque llevamos la noche de los tiempos demasiado adentro.

En la niebla, todos los gorilas son insignificantes. Fingen no serlo en las puertas de las discotecas. En-

tonces, el humo y las nebulosas deben embotar su buen sentido, porque se olvidan de cómo eran antes: compasivos y ariscos, enamoradizos cómo Urso Pánik (1).

Entre quienes recuerdan nuestro pasado atávico, nuestro largo vagabundeo de evolución en evolución, hay especímenes muy sensatos.

Hombres que ven más allá de su mera apariencia. Los que llevan escrito en la cara la verdad terrible: "El hombre no es más que un puñado de polvo y la vida, una tempestad violenta".

Si me encuentran una sirena que tema a las tempestades, les concedo un favor. Será difícil, se los advierto. Cuando las galernas rizan el lomo del mar, las tentadoras se frotan las manos. Le echan el ojo a cualquier barco cargado de marinos y se aprestan a preparar la voz. ¿Quién va a ser el tonto que esta vez se llene los oídos de cera?, ¿que no quiera oír el rosario de los mejores halagos?

Pero, para buscar sus mortíferos besos de sal, no hay que marcharse tan lejos, aquí, en tierra, abundan nereidas como esas.

Son frías como un golpe de mar.

No sienta jamás la tentación de acariciarlas, porque notará el particular tacto escamoso de su cara, el helor de sus manos fugitivas. Ese detalle le dejará confuso, le hará perder instantes que para la huida serían preciosos.

Las sirenas urbanas menudean en las terrazas de moda, en los garitos ruidosos en los que es conveniente lucir una figura estrecha y un güisqui con agua en la mano.

---

(1) Urso Pánik es uno de los personajes de la novela *Piel de sátiro* de Pilar Pedraza. Editorial Valdemar.

A primer golpe de vista resultan atractivas pero no conviene quedarse sólo en las meras apariencias. Debajo de su cabello perfumado esconden una sola idea: hacer de su presa un nuevo premio.

Miden su caudal y valor por el número de conquistas.

Las sirenas de hoy no saben que lo son pero cultivan aquella vaciedad que llevó a más de una de sus antepasadas a terminar en dique seco.

Las hembras que resultan ser un cruce de sirena y lagarto son otra variedad muy peligrosa. Apenas se encuentran por las calles pero abundan en los tratados de los autores que han alcanzado renombre por su sobresaliente misoginia.

Estas últimas son, además de huera, malignas. Pero existe una abundante literatura que las pone en tela de juicio.

Según ciertas escuelas críticas, casi todas las variedades de sirenas perversas son un invento (de raíz judeocristiana) de una cultura típicamente masculina. Una variante de la primera pecadora del universo: Evas, por siempre condenadas a representar la elección fallida, el pecado y el Mal.

Quien esto escribe no tiene más constancia de la existencia de esta especie mítica que las páginas de los clásicos o del bueno de Álvaro Cunqueiro.

A excepción hecha de Hans Christian Andersen que ideó una delicada sirenita, para la mayor parte de los artistas y poetas, las náyades marinas se relacionan con el mundo de las profundidades, "con el Hades y con la reina de los muertos, la que nunca ríe. Sus cantos están cargados de sentidos funestos, de invitaciones tanáticas, de acentos tumbales y son, como el

de la Esfinge, engaños, anzuelos mágicos que tiende la muerte a los hombres a través de un atractivo rostro virginal y corva garra” (2).

La palabra sirena es de raíz semítica y la afición al canturreo les viene por línea materna pues dicen que estas pérfidas “descienden de una de las musas (Melpómene, Terpsícore o Calíope) quien las parió, fruto de unos amores con el río Aqueloo. Una tradición las presenta, ya mayorcitas, compitiendo en el canto, en lid desigual y funesta, con su madre y sus tías”(3).

En otros bestiarios, las sirenas tienen forma de pájaro porque son el resultado de un cruce entre pez y ave agorera. Pero estas húmedas muchachas que tañen instrumentos y cantan con el pelo al viento de las olas, también podrían ser hijas del mismísimo Rey Lear; en el supuesto, claro, de que el monarca finalmente tenga algo que ver con el soberano de los mares de la mitología celta, con el rey Ller.

También el viejo Simbad estuvo en tratos con una traviesa. Y un olvidado estudioso belga dio en decir que varias familias de Irlanda, Flandes, Bretaña, Inglaterra y Dinamarca descendían, por línea directa, de estas criaturas quiméricas.

Temibles y tentadora cuentan que “existen en Arabia serpientes aladas llamadas sirenas que corren más que los caballos, y, según se dice, también vuelan” (4).

Además, su veneno es tan fuerte, que la muerte sobreviene antes de que se sienta la mordedura...

En fin, por hoy conviene acabar pero no sin antes decir que este mortífero híbrido de mar y tierra no es la única bella que resulta de los cruces dañinos...

---

(2) *La bella, enigma y pesadilla*. Pilar Pedraza. Ed. Tusquets

(3) Opus cit.

(4) *Bestiario medieval*. Ediciones Siruela.

## BESTIAS SILENCIOSAS

**D**e las bestias silenciosas que habitan entre nosotros...

¿Quién al ver, en un libro cualquiera, un epígrafe de esta naturaleza no se detiene, intrigado, temeroso, ansioso?

Hay lectores poco avisados que avanzan como mareantes a la deriva por las páginas de algún tratado, sin saber muy bien qué buscan o si les satisface lo que encuentran.

Viajeros por el tiempo y el espacio que, de repente, sienten sed, cansancio o infinitos deseos de saber.

¿Quién no se ha sentido alguna vez esa clase de peregrino que tropieza por las quebradas de las palabras?; que queda deslumbrado por auroras boreales de papel. ¿Que levanta la vista, un instante, porque ha pasado un ángel o un eco de la muerte?

¿Quién no se estremece ante la sola mención de las bestias silenciosas que nos acechan y merodean?

La peor de todas por su ambigüedad es aquella que se denomina "El Alma".

Los visionarios suelen describirla como una paloma de cegadora blancura, de altos vuelos, de incansable torpeza.

La de los niños, dicen, es mucho más pura. Y, si por un tajo imprevisto de la guadaña, se ve expulsada de su cuerpo, vuelve una y otra vez a aletear en los cristales de las habitaciones dormidas.



De noche, las almas de los niños difuntos no descansan hasta que una voz piadosa les da una orden.

“Angelitos, al cielo”, hay que susurrarles para que no se asusten.

Quienes poseemos un espíritu positivista, creemos que el aleteo de una mariposa en Agua de Bueyes puede provocar un terremoto en Tokyo pero no que el alma de los niños del país de nunca jamás anden fuera de casa, en horas tan impropias.

No se sabe con certeza cuando se puso a habitar la bestia silenciosa del alma, en el cuerpo de los homínidos.

Se cree que algunas de ellas, aún imperfectas, acompañaban, hace 1.800.000 años, al llamado Homo Erectus.

Lo proteico, esa cualidad que le permitía cambiar de forma y de aspecto (aquella sabia adaptación al medio) estaba entonces presente en ese embrión de alma. Y es que esta criatura primigenia que había conseguido mantenerse en pie se caracterizaba por tener un cráneo alargado que se estrechaba detrás de las órbitas.

Hace unos 800.000 años, restos de esta especie, según cuentan los expertos aparecían ya “expandidos por todo el Viejo Mundo”, desde la Península Ibérica hasta Java (donde, por cierto, fue descrita por primera vez con el nombre de Pitecanthropus Erectus) pasando por China, en donde tomó el nombre casi misterioso de Sinanthropus Pekinensis.

El alma que pugnaba por asomarse a los ojos del hombre del Pleistoceno era todavía un alma confundida, llena de asombro.

Restos calcinados de una de ellas que, por alguna extraña combustión se materializó y se fosilizó, fueron descubiertos en 1848 en Gibraltar.

Pero los científicos no se la tomaron en serio hasta que apareció otra en 1856, en el valle del Neander, en Alemania.

Una vez hechas las pertinentes comprobaciones, se descubrió que esta entidad corporeizada había vivido unos treinta años dentro del cuerpo de un humano.

Un humano con un cráneo muy característico, con unas grandes órbitas redondeadas y unas fosas nasales muy anchas...

Se sospecha que ambos, el hombre y su alma, pudieron coexistir por un tiempo, ignorándose por completo. Debió suceder, empero, que un día, aquella cosa azul que con los siglos se llenaría de espín, le susurró cosas al oído a su extraño compañero.

Fuera por casualidad o por inspiración espiritual, el hombre de Cro-Magnon comenzó a desarrollar un ansia por los desplazamientos como no se había conocido hasta entonces.

Se lanzó a viajar y “después de atravesar el estrecho de Bering, cuando este formaba una especie de istmo continuo con Alaska, colonizó Norteamérica y llegó finalmente al otro extremo de Sudamérica”.

Creen los teólogos que el alma, esa bestia silenciosa, es atributo de todos los seres mortales dotados de entendimiento y palabra, pero hay otros autores que niegan tal. Para ello recuerdan que sobre la faz de la tierra hay desalmados, sujetos que cometen toda clase de desafueros como consecuencia de arrastrar una grave carencia.

La bestia que no hace ruido, se volvió ominosa cuando en algunos concilios vaticanos le sugirió al Papa que las mujeres no eran dignas de recibirla y alojarla.

En qué lugar se aloja el alma es otra cuestión que ha intrigado mucho. Para algunas culturas, se encuentra en algunos de los dedos del pie, otras lo si-

túan cerca de la cavidad ventricular y hasta algunas hay que le han dado cobijo entre esa masa grisácea con la que los maestros trepanadores se encontraban en el viejo Egipto, siempre que se disponían a realizar su sagrado oficio.

La bestia entre todas las bestias es intangible, invisible, sin apenas color.

La de George Jackson, un seguidor de los Hermanos de la Soledad o Los Panteras Negras, “asesinado como la dulce amarga Bessie Smith por el amo blanco de corazón blindado”(1) resultó líquida como el cielo, transparente como un cristal recién lustrado.

Evidencia que el clan de la triple K se negó a admitir.

Lo peor de nuestra bestia silenciosa, de la temible alma, es que siempre que calla parece que otorga...

---

(1) Fragmento de un poema de Ángel Sánchez que forma parte de un libro titulado *Parches*.

# OCTOPUS

Los mediodías de verano, los agostos calcinantes, cuando en la playa parece no haber un cuerpo más, yo suelo levantarme de mi estera amarilla.

Me sacudo la arena y el polvo dorado de las sandalias y, con paso gimnástico, me pierdo mar adentro.

Entonces nadie me ve, como si en el centro de esa luz cegadora pudiera llegar a volverme invisible.

Más allá de las ruedas negras de viejos coches que hacen de salvavidas, de las niñas flacuchas que chapotean y de los galletones deslenguados que compiten entre sí, hay un país de agua que me promete ternuras.

Nado con vigor y me llego hasta esa peña que en la bajamar se queda al descubierto.

La segunda peña, la llaman algunos para distinguirla del primer pináculo rocoso que te encuentras si avanzas rectamente desde la orilla.

Esta ladera petrificada en mitad del océano también recibe el nombre de Peña del Diablo, pero no me pidan que les explique por qué.

Cuando se llega a la peña diabólica se ve la playa distante; como si estuvieras en otra vida.

Hay un ordenado movimiento de gente diminuta; gente que se levanta, que se sienta o camina en un tropel disciplinado. Son los bañistas del sábado.

Una multitud que agobia.

Tampoco en la peña del diablo estarás sola...

Por entre las rocas caminan hacia atrás algunos cangrejos rosados que pueden haber en la palma de una mano; moluscos que disimulan su torpeza y so-

por; corazones de medusas; pequeños peces que se mueven nerviosos en los repentinos charcos cristalinos.

Hay también algas pegajosas de diversos tamaños y texturas.

A veces el esfuerzo de nadar me deja un impulso furioso; una salvaje ansia de comida.

Y entonces, los inofensivos cangrejos rosados empiezan a perder sus patas que crujen como cáscaras de nueces entre mis dientes voraces.

Arrojo lejos los caparazones mutilados y se forman en el mar caprichosas ondas como cuando tiras al agua el anillo de una pasión olvidada.

En la peña, además, hay una roca mucho más lisa que las otras.

Un lecho que parece esperarme.

No me hago de rogar. Me tiendo con ese gesto lento, elegante y resignado de las vestales que acuden al encuentro de su destino: a la piedra sagrada de los sacrificios.

En la piedra lisa de la peña del diablo ofrezco mi piel lustrosa al sol del mediodía. Y las cosas todas parecen alcanzar esa armonía necesaria.

Pero la dulce caricia tibia es sólo el preámbulo. Porque después el cuerpo gigantesco de un pulpo me oscurece y me abraza.

Y vuelvo a pensar lo de siempre que las descargas eléctricas apenas se parecen a las caricias.

Otra vez ha llegado provocando maremotos, presumiendo de su fuerza abisal. Gigantesco. Monstruoso. Pobre bestia marina.

Si giro un poco la cabeza, en dirección a la arena distante, veo un montón de hormigas que huyen despavoridas.

La playa volverá a quedarse desierta...  
En cuanto a mí, sé cómo tratar a Octopus. Cómo  
desasirme de sus ocho tentáculos melancólicos.  
Tiene tantos brazos como alguna diosa sagrada.  
Su deseo de agradarme, no por brutal, es menos  
sobrehumano...

# VISITARÁS CIUDADES DE CORAL

**M**e contaron que en Java hay una playa en donde el mar se lleva a cualquiera que se vista de verde.

Me extrañó porque nunca había creído lo que tantas veces había escuchado pero atribuido a las costas de aquí mismo.

En Famara o en las playas del Golfo o en la antaño elegante Arrieta, el agua arrastraba hasta lo profundo a las muchachas que se atrevían con el más arrogante de los colores.

Que no es el rojo como más de uno puede pensar...

Bastaba con ceñirse el pelo con una cinta del color de la hierba para que una lengua de espuma las atrapara y se las llevara hacia quién sabe qué palacios submarinos.

“Visitarás ciudades de coral”, les decía la marea.

Yo, me zambullía siempre apretando los párpados.

En los días muy luminosos, la tonalidad dorada podía parecer del color maldito.

Y no sé. No me creía esa clase de embustes pero es cierto que, cuando caminaba con la vista puesta en la raya del horizonte, sentía el alma de la resaca como una voz. Como una fuerza que me llamaba.

Y entonces me ponía el dorso de la mano en el lugar en el que la diosa de la Justicia tiene una venda, para no ver; para no ser vista por los elfos y las sílfides: las criaturas verdes que nos devoran como a pan tierno y bendito.

Yo, verdaderamente, no sé si nunca creí o jamás dejé de creer en esas cosas...

Como mujer cautelosa que soy, tomaba precauciones. Por si acaso. No fuera a ser.

Después ocurrió que me fui lejos y me enredé en una torpe historia.

“Criatura del bosque”, me llamaba él, sin saber que mi piel y mi cuerpo pertenecían al reino de lo húmedo; de lo salobre.

A fuer de ser exactos, habría sido más correcto llamarme ondina.

Bien, decía que me marché lejos y, en la meseta, la piel se me escamaba y los dermatólogos prudentes me recetaban cremas.

Por las noches, a veces, no podía dormirme; no podía mudando de epidermis como estaba siempre, por culpa de todas aquellas pequeñas partículas cristalizadas: la sal que se acumulaba en montoncitos.

Pero realmente supe que yo era una muchacha que no debería vestir de verde cuando me mareé enfrente de aquel acuario.

En verdad, siempre había sentido cierta repugnancia ante un succulento plato de pescado pero, en cambio, nunca había experimentado aquella sorda angustia ancestral.

Pobres peces –pensé. Y me caí al suelo redonda

Estás muy delgada, criatura del bosque –me decía él con un deje de preocupación.

Eso seguro que es debilidad... –porfiaba el camarero que se empeñó en echar una mano.

No acierto a explicármelo pero, en las marisquerías, los camareros son siempre solícitos.

Es el calor –los tranquilicé y me fui al lavabo de señoras a mojarme la cara.



Tenía que huir de aquel olor intenso a matanza, a mortal peste negra, a tragedia.

–Pobres peces –repetí.

En el espejo de la toilette de señoras no encontré mis ojos pardos y dorados como una buena copa de vino de Chipre.

En su lugar, el color terrible.

Para mayor oprobio, el rubio ceniza de peluquería se estaba volviendo verde musgo. Como el cabello revuelto de una de esas maniáticas nadadoras de piscina.

Criatura del bosque –me susurró mi acompañante al oído cuando, aún un poco pálida, volví a su lado.

Parloteaba como una sepia negra pero yo no era capaz de escucharlo.

Me latía un corazón en otra parte.

Fue cuando abrió la boca como un bocinegro que exhala su último suspiro, cuando le di un empujón y salí corriendo.

No he dejado de correr hasta ahora mismo.

Y estoy de nuevo en esta orilla: perpleja, sin saber muy bien a dónde pertenezco.

## CORAZÓN DE MEDUSA

**E**ligió una terraza del paseo y aparentó una indolencia que estaba muy lejos de sentir.

Le molestaba el cuello; le dolía más o menos la zona de siempre. Era el castigo por haber cargado todo aquel peso muerto.

Tuvo la tentación de agitar la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro pero se contuvo no fuera a volar con el viento toda su cabellera de serpentina. Además, el camarero ya se acercaba.

Cuando llegó a su lado, ella se perdió en un trabalenguas de deseos opuestos.

Era una chica incongruente. Como si viniera de otro mundo.

¿Quiere tomar algo?

¿Se puede tomar algo?

Claro, ¿qué quiere tomar?

No, no. Yo no quiero comer, sólo beber algo.

Pues muy bien eso es lo que le pregunto.

¿Tiene balas de plata?

¿Eh?

Ah ¿cómo se llaman? ¿Martinis? No, no cerveza.

¿Martini? ¿Cerveza?

Sí, sí, cerveza.

Que mujer más extraña, pensó el camarero.

Era su primer día de trabajo. Le dio escalofríos pensar que tendría que atender a muchos clientes así.

Un contrato de seis meses.

¿Cuántas mujeres de ese tipo se tropezará uno en seis meses?

La terraza: concurrida, soleada, a dos pasos de la playa.

La mujer empezó a beberse su cerveza. Estaba atemorizada, como si se hubiera colado en una fiesta elegante.

Había un tipo al lado. Un tipo ennegrecido de sol y con unas guedejas rubias de surfero. Un playero entrado en años.

Le parecía que la observaba y eso no le hacía ninguna gracia...

A Ludmila le habría encantado, en cambio, ser invisible.

Si hubiera sido invisible y transparente todo le resultaría más fácil.

Delicado y fácil.

Se pasaba la vida en la playa. Entre la muchedumbre buscaba un cuerpo.

Ése -decía. Y se colocaba a razonable distancia.

No le gustaban las confianzas sin por qué. Ni que la confundieran con otra, ni que pensaran que era cierta clase de chica alocada.

Cuando decía: "ése" demostraba siempre tener buena vista y seguía a su hombre con mucha atención.

No se le escapaba jamás.

Los hombres de Ludmila solían tener entre 25 y 30 años.

Los buscaba guapos.

Hay que decir que no le interesaban en absoluto los debates sobre la supremacía de la inteligencia ni gastaba mucho tiempo en defender tesis innovadoras sobre el culto contemporáneo al cuerpo.

Simplemente, por alguna razón meramente estratégica o práctica, o por comodidad, tal vez, los buscaba apuestos.

La verdad, nunca se tropezó con una espalda de manteca ni con una cintura con redondeces de grasa. No. Francamente, no.

Eso sí, alguna vez, aún antes de conocer el tacto de aquellas espaldas tersas e invitadoras, había sentido una misteriosa ternura; una atracción inexplicable.

Deseos, en resumen, de acariciar.

Pero Ludmila era tímida como todas las Ludmilas.

Cuando el joven esbelto se enderezó y dobló cuidadosamente su toalla, ella hizo otro tanto.

Ahora, en la terraza, con la cerveza medio empezada y el surfero envejecido al lado, lo recuerda; lo vuelve a ver.

Recuerda que lo siguió y descubrió una extraña simetría entre ellos.

Y que, cuando con pasos de bailarina lo atrajo, había en sus intenciones bastante más que rutina; algo más que obligación.

La playa estaba llena de gente. Chicas y niños y ancianos sudorosos.

Cualquiera habría servido, sin embargo, Ludmila chapoteó detrás del joven atlético.

Cuando finalmente la vio, ella le sonreía.

Así lo hacía siempre.

No hay que tener miedo –le dijo únicamente con los ojos.

Al principio, el joven parecía extrañado.

No estaba acostumbrado a las audacias de las mujeres hermosas; a las desconocidas dispuestas a besarle sin mediar palabra.

Pero tampoco sería justo no decir que, casi al instante, aceptó la aventura.

Con brazadas enérgicas rompió el trecho de mar que los separaba.

Y casi al instante se percató también del raro amarillo rojizo de su pelo.

Le inquietó, por cierto, que sus dedos quemaran como tentáculos de aguaviva.

A lo mejor fue el instinto.

El instinto que le quiso avisar pero no pudo.

Cuando finalmente dejó de resistirse, Ludmila se lo llevó hacia el fondo.

Con los otros.

Pero esa vez, qué extraño, ella, nuestra Ludmila, sintió un latigazo de amor; una descarga desconocida.

¿Quién puede asegurar que las medusas y las sirenas no tienen corazón?

---

# TERCERA PARTE

---

# EL GATO DE LA TÍA PETRA

El gato de la tía Petra pedía, con su media lengua, su ración de pasteles.

A nadie le extrañaba porque no era un gato cualquiera.

Era el felino de la mujer más rica y dominante de toda la provincia.

La tía Petra era una solterona en regla, pero, no porque no se hubiese casado nunca, sino, porque ya a los trece años, tenía una expresión dura, un rictus avinagrado que era, en este caso, el resultado de su mucho poder.

Siempre había sabido que allí mandaba ella y ese conocimiento le daba una apariencia despótica que, al principio de todo, no fue más que temor.

Un tiempo hubo en que se acurrucaba en la cama con miedo.

En mitad de la noche, mientras el invierno azotaba los muros de las casas y cierta alimañas silenciosas buscaban presa, se preguntaba qué iba a pasar; cómo podría enderezarlo todo.

Tenía quince años y acababan de morir sus padres, después de una terrible epidemia de tifus.

Ella misma pensó que no lo contaría...

Pudo contarle esa semana y las semanas siguientes y entonces se dijo que no sería capaz de salvar la finca de sus mayores. Las tierras y las casas que, antes que de su padre, eran del padre de su padre y así hasta el infinito. Como le gustaba imaginar.

-Te recuerdo que tuviste un tatarabuelo que fue ahorcado por robar caballos -le decía su gato.

-Y tú, una tía abuela que fue bruja -le contestaba Petra.

-Y ¿del fraile beodo qué me cuentas?

-Con perdón, el fraile beodo fue el dueño de una gata marrullera, emparentada contigo, por parte de madre. Para que lo sepas, los García descendemos directamente de Doña Blanca de Navarra

-¿Y eso dónde queda? -replicaba jactancioso el gato que, por cierto era, al mismo tiempo, gata.

Un gato hermafrodita no es lo más corriente. Pero tampoco abundan los mininos que merienden jamón.

El gato de la tía Petra cuando, desde el campanario de la iglesia, daban las cinco, meneaba el rabo, elevaba el lomo como una emperatriz enfadada, y pedía su pan con jamón.

-Quiero pan con jamón -decía con voz clara pero con un deje lánguido.

La tía Petra no era lo que se dice una mujer generosa.

Entre los hijos de la cocinera repartía coscorriones y miradas de serpiente. Pero según Consuelo, la doncella, la mujer que distribuía sus días entre marmittas, escaleras, plumeros y comadreo, al gato imperial se lo consentía todo.

-Por las noche se traen sus buenas conversaciones.

-¿Quiénes?

-El gato y ella. A estas alturas, ya no hay hombre que se le acerque.

-Mujer, será que habla sola.

-O a lo mejor reza -apuntaba, dubitativa, la chica que buscaba brillos imposibles en los suelos de toda la casa.



La muchacha que fregaba tenía buenas pruebas de la falta de piedad de la tía Petra, para con el prójimo. Pero en las chácharas de la cocina, mientras se limpiaban las lentejas y se ponían a remojo los garbanzos, había que hablar de algo y de todo.

–¿No será que a la señorita Aurora le ha vuelto a salir otro novio? –preguntaba la más joven.

Y entonces estallaban en carcajadas, porque la señorita Aurora, se lo tenían todas, se iba a quedar también para vestir santos.

–Vale más vestir santos que desnudar borrachos– había dicho la tía Petra, tajante, cuando rechazó al último de sus tres pretendientes.

Aurora, que era su hermana menor, se tuvo que conformar con un solo candidato.

No era bonita y todo el mundo decía que le faltaba una vuelta o vuelta y media.

En fin, no tenía mucho juicio, eso se veía a la legua...

Cuando un gañán del pueblo de al lado vino a pedir su mano, la tía Petra, como hermana mayor y autoridad única en la materia, pronunció su consabida frase lapidaria.

Dicen que el gato maulló de gusto como si se sintiese complacido porque sus consejos hubieran sido, finalmente, tenidos en cuenta.

Quien también la tenía muy en cuenta y presente en sus oraciones era el cura párroco. Joven, tímido, apocado, le imponía aquella señora enjuta, siempre vestida de oscuro, que lo escrutaba con mirada de águila.

–Esta gente de aquí necesita mano dura. Debe enfocar mejor sus sermones –opinaba ella.

Era el examen de los domingos, después de la misa de las siete.

-Mucha necesidad, doña Petra, mucha necesidad. Eso es lo que hay por aquí -se excusaba él, torpemente.

-No me gusta ese cura. No sé si es un tonto o un revolucionario -repitió el gato.

La tía Petra estuvo, en todo momento, de acuerdo con él. Así que se puso la cruz de diamantes que había heredado de doña Blanca de Navarra y se fue a la capital a intentar que, en su lugar, pusieran a otro más de su gusto.

-A la vuelta nos comeremos una buena bandeja de pasteles -le prometió a su gato.

(continuará)

# LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA TÍA AURORA

Cuando la tía Petra murió, la noticia corrió como la pólvora.

Las campanas doblaron durante toda la mañana y en el convento de las monjas carmelitas hubo sesión triple de rezos.

El cura que le había dado consejo en los últimos diez años y había intentado aliviar los terrores de su alma atribulada, celebró treinta misas en su memoria.

Mientras las decía, algunas ya de forma maquinal con ese dolor persistente que como un cangrejo se le había aposentando en el estómago, recordaba los reparos de la dama; las extrañas confesiones que todos los jueves le hacía.

Nunca se vio presa de los remordimientos por la rapiña, la soberbia, el despotismo o la falta de compasión.

Sus remordimientos eran oscuros y llenos de pliegues como los ropajes que vestía.

Para entonces, su hermana Aurora la había dejado desde hacía tiempo. Se había ido a vivir a una quinta de reposo y no por decisión propia, naturalmente. Lo determinó Petra. Dijo que lo había meditado largamente. Pero se sabe que escribió la primera carta al director de la clínica la misma mañana en que la menor de las García salió al balcón desnuda, con el pelo suelto y toda perfumada con aceite de sándalo.

Ya había dado alguna otra muestra de su insania aunque sólo la servidumbre lo había notado.

Sentía auténtica devoción por la hija de Irene, una de las doncellas. Algo que, a primera vista y a ojos de cualquier observador no avisado, podría parecer un simple gesto de caridad y cariño.

El mismo que la llevó a defender a la muchacha ante su hermana con uñas y dientes.

Cuando se descubrió que Irene estaba embarazada sin que se supiera, ni ella quisiera confesar, a ciencia cierta quién era el padre, Aurora, por lo general tan sumisa, libró una auténtica batalla para impedir que la chica fuese despedida.

Si lo fue, en cambio, un mozo de cuadras que era sospechoso de ser el amante.

A la recién nacida le pusieron Aurorita y, fuese por el natural temperamento maternal de la menor de las García o porque cierta inestabilidad había hecho ya presa de ella, lo cierto es que la cuidaba de forma ejemplar.

Días había en que parecía que Aurora se sentía y se creía la madre de la pequeña.

Cuando salió al balcón desnuda y los gañanes del pueblo bromearon en la taberna porque, aunque vestida parecía tan poca cosa, pudo exhibir un cuerpo poderoso, comenzó su infortunio. Petra empezó a tomar su decisión, y Aurorita, la niña, como temiendo un mal presagio, pasó todo el día abrazada a su falda y reclamándole, más que nunca, mimos y carantoñas.

Los últimos días de Aurora en la casa grande, en la finca de los García, fueron agridulces.

Había retado a su hermana y sabía que tendría consecuencias. Las dos Auroras no se separaban ni un momento.

El gato las seguía con el pelo erizado de pura envidia.

–Mamá Aurora, cuéntame el cuento de los niños que se pierden en el bosque –pedía la niña.

–De acuerdo, pero como ese cuento tiene una parte triste, antes nos vamos a colar en la despensa y nos zampamos unos cuantos dulces confitados de los que Petra tiene reservados para el gato –decía Aurora guiñándole un ojo a la pequeña y sacándole la lengua al animal.

El animal, por su parte, les respondía con un bufido y en cuatro pasos se iba a donde estaba Petra a chivarse.

La tía Petra dejaba pasar el hurto porque sabía que, en adelante, no habría muchos más.

Y en la habitación de la otomana en donde Petra se recostaba a meditar sobre la manera de reducir gastos y aumentar beneficios, ama y bestia se enzarzaban en misteriosas conversaciones.

Del gato de la tía Petra se decía que era un bergante hechizado como el mismísimo asno de Lucio Apuleyo, así que no faltaba quien le atribuía a la ricacha tratos continuos con redomas y filtros.

La víspera del día en que vinieron a llevársela, la habitación de Aurora fue un trasiego de gente.

Ella estaba en el jardín, sentada en el suelo con Aurorita, jugando a las prendas.

El gato trepó al antepecho de su ventana, miró dentro y dio la voz de alarma. Luego todo fueron carreras, forzamiento de puertas, gritos de asombro...

Por las paredes había media docena de búhos claveteados como si fueran cuadros.

–Ya entiendo los martillazos que escucho algunas noches –susurró el gato.

Aurora dijo en su descargo que cuando estas aves nocturnas penetran en una casa hay que atraparlas y atravesarlas con un clavo de grandes dimensiones.

–Desde los griegos se sabe –dijo la loca, que hay que conjurar con sus tormentos las desgracias que con su nefasto vuelo suelen presagiar a las familias.

A todo esto, Aurorita, que había penetrado también en el cuarto de su protectora y amiga, daba grandes risas y señalaba los bichos como otro más de los muchos juegos que compartían y las hacían felices.

Fue la última vez que se sintió dichosa. A la mañana siguiente, vinieron aquellos hombres con sus camisas de fuerza.

Aurora los dejó hacer, mansamente. Un reguero de lágrimas la acompañó todo el camino.

La niña Aurora gritó hasta quedarse ronca. Lloró y pateó el suelo y se hizo definitivamente mayor a los cinco años.

(continuará)

## DESPUÉS DE LA TÍA PETRA

A la tía Petra no le faltaban sobrinos, primos segundos y terceros y, en fin, una cohorte de familiares de distinta ralea y posición social muy diversa que habían respirado de alivio cuando Aurora, de la que se contaba que estaba loca, desapareció del mapa.

Era nueve años más joven que Petra y de temperamento opuesto. El disperso clan de los García, una rama difuminada y lejana pero con pretensiones, temía a la más joven.

Los parientes pensaban que, si por un acaso de la fortuna y la Parca, Petra muriese antes, la hermana, cualquiera que fuese la edad que tuviera, a lo mejor no dudaba en casarse con cualquier botarate o en ceder todas sus riquezas, (supuesto mucho más probable) a una niña flacucha, hija de una doncella.

Cuando se extendió la noticia del internamiento de Aurora fue como si una ráfaga de aire fresco aliviara a los acalorados parientes.

Uno de ellos, una mujer ya madura que a la sazón trabajaba como cuidadora en el sanatorio mental, contaba entre risas sofocadas lo que la propia Aurora, sin reconocerla, le había dicho.

—Está, la pobre, como una cabra. Figúrense que me dijo que la culpa de todo la tenía un cuervo que se le había acercado y le había cantado por el lado izquierdo.

—Un presagio fatídico, de mal agüero —concluyó Aurora con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas por la mucha medicación que tomaba.

Aurora siguió en aquel centro sin molestar a nadie. Pensando en la pequeña a la que tanto quería y pidiéndole a uno de sus médicos, un joven impaciente que daba golpecitos con un bolígrafo sobre la mesa, que le quitara todas aquellas pastillas y le prescribiera, en cambio, abundantes baños e infusiones de eléboro

-Siempre se ha sabido que el eléboro -le decía con voz conspiradora- cura la locura.

Pero el médico no era aficionado a la botánica mágica ni al mundo antiguo. No sentía, por tanto, devoción alguna por la ciudad de Hípata. Ni había oído hablar jamás de las famosas brujas de Tesalia.

-Aurora lo que tiene que hacer es ser dócil y tomarse puntualmente sus pastillas -le ordenaba y así lo explicaba después al grupo de parientes que todavía se temía una repentina mejoría de Aurora.

Gente más trastornada veía el médico normalmente por la calle, pero, este último detalle sin importancia, se lo callaba.

Cuando las campanas dejaron de doblar a mediodía y el cura párroco acabó de decir las treinta misas en honor del alma de la hacendada, los parientes decidieron que era ya el momento de conocer las últimas voluntades de Petra.

El abogado que era su albacea parecía no tener mucha prisa por leer el testamento de la finada. Una cachaza que dio que pensar a más de uno y puso a temblar a varios.

Desde que Aurora había dejado la casa, algunos primos habían comenzado a visitar a Petra; a prodigarle cuidados que ella recibía con cierta frialdad.

-Tus parientes buscan tu dinero -le decía el gato. Se le ponían entonces los ojos brillantes de carbón verde.



–Lo que nos vamos a divertir –contestaba ella.

Los primos y los sobrinos en grado segundo y tercero se dejaban caer con frecuencia por la casona.

–Tía Petra, ¿cómo se encuentra? Está usted muy sola. ¿Por qué no se viene en verano con nosotros a la playa?

–Zalameros –bufaba el gato. Acto seguido, le pedía pasteles y jamón a su dueña para que aquella panda de aprovechados tuvieran después mucho de lo que hablar.

–Es un poquito excéntrica, la tía –comentaba uno.

–¿Excéntrica? Es una arpía, una vieja reseca y odiosa –aseguraba otro.

Cuando Petra murió de una insuficiencia respiratoria, no hubo manera de encontrar al gato.

Pasaron los días, las misas y los duelos y el animal aquel seguía en paradero desconocido.

Una tarde, el abogado de Petra reunió a los allegados para finalmente leer el esperado testamento.

Apareció entonces, en la sala del hombre de leyes, un sujeto para todos enteramente desconocido.

Vestía a la vieja usanza, con ropas anticuadas, como de indiano.

Se sentó en una silla con aire modesto e inclinó la cabeza como si conociese a todos los presentes.

–Soy Maximino Pérez García –se presentó.

Los primos y sobrinos se quedaron de una pieza porque del único Maximino familiar del que habían oído hablar era uno, de profesión forense, fallecido hacía por lo menos cuarenta años.

Atrás, casi en la penumbra, junto a la puerta, estaba Aurorita, quince años cetrinos y cara triste.

A la niña que fue el delirio de su hermana, Petra había ordenado que se le diese el ajuar y los muebles de la habitación de la loca.

También le había dejado en herencia una pequeña cantidad y una modesta casa en el campo, muy aislada, que los García habían dejado de usar hacía mucho tiempo.

Era su manera de pedir en el más allá cierta dispensa...

Le costó, es verdad, un imperio decidirse y a ello había contribuido, no poco, el cura porque Petra, años antes, no bien se hubo ido su hermana tomó la decisión irrevocable de echar a la calle a la doncella y su hija.

Un acto impío que en las confesiones, el cura siempre le reprochaba.

La Iglesia y el convento de las carmelitas se llevaron su buen pellizco pero lo mejor, lo más sustancioso (el dinero en el banco, la gran casa, las alhajas antiguas y los muebles costosos) se los dejó al desconocido Maximino.

Los primos se levantaron de sus sillas airados como un resorte. Las mujeres se daban aire con sus abanicos y los hombres carraspeaban nerviosos.

Maximino se alzó también y, como persona bien educada que era, fue dándoles la mano uno a uno, despidiéndolos con una cortés inclinación de cabeza.

Hay quien aseguró después que lo vio, en ese momento, relamerse los bigotes...

Lo más cierto es que no habló mucho; y que, en el silencio crispado de la sala, se escuchaba, eso sí, un raro ronroneo gracioso.

## NUESTROS COMUNES AMIGOS

Contaba que de joven había sido marino; que le enviaba cartas y postales hablándole de paisajes remotos.

Maximino asegura que si no hubiera sido por su estilo errante de vida se habría casado con la tía Petra. De hecho pensaron hacerlo cuando él se encontraba en Puerto Rico.

Habían iniciado los trámites para una boda por poderes que impidió una repentina enfermedad contagiosa.

El relato de Maximino adquiere unos rasgos confusos en algunos momentos. Pero siempre es tan interesante lo que sucede que uno acaba olvidando justamente lo más inverosímil; lo más sospechoso.

La dolencia que contrajo es de las que entonces solían llevar a la tumba.

–Tengo siete vidas –se jacta Maximino. Y entonces vemos más brillantes sus raros ojos verdes.

En el Paseo de la Princesa, una mañana muy caurosa como tantas otras, abrió las cartas que el mismo había enviado y le habían sido devueltas.

–Fue cosa del demonio que ella no hubiera recibido mis noticias. Las misivas en las que le contaba de mis terribles males.

La tía Petra no era de las que aguantan. Así que Maximino insiste en que no hubo manera de volver a hablar de boda.

Ronda los sesenta pero no llega a aparentar cuarenta. Posee una agilidad pasmosa y, pese a la sota-barba oscura que le mancha las mejillas, su piel es suave como la pelusa.

–Adoro el jamón –nos cuenta a veces.

Maximino entró en la casa grande, después de que el notario le diera las llaves, con una naturalidad pasmosa.

Encendió luces y se metió por recovecos como si siempre hubiese vivido en ella.

Cuando asomó la cabeza por la despensa repleta de chucherías, no pudo evitar que un suspiro lo pusiera en evidencia.

–Pobre Petra –dijo.

Una mañana preguntó por Aurora y cómo nos vie-ra con la boca abierta, confesó que, en las cartas, Petra le mencionaba siempre a su pobre y chiflada hermana.

–Yo mismo le di algún que otro consejo.

Maximino es paciente y tranquilo. Es capaz de pasarse las horas muertas recostado en la otomana que hay debajo de la ventana y por la que entra un solitario rayo de sol caliente.

Cuando reunió a la servidumbre, la nueva planchadora preguntó tímidamente si le interesaría adoptar un perrillo de aguas que, de una camada recién nacida, le sobraba.

Maximino se ve que no les tiene gran simpatía a los chuchos porque se puso rojo como los pimientos y balbució no sé qué de las puertas del Infierno.

A veces se le ve al señor una cara de taimado que asusta...

El cura, por su parte, anda desmejorado. Ha tenido que ir a la capital y hacerse un sinfín de pruebas.

No es nada bueno lo que le han descubierto en el estómago pero él dice que todo está bien si esa es la voluntad del Señor.

A lo mejor echa de menos a la tía Petra. Una mujer tan dura, tan inflexible, tan complicada...

Eso sí, cuando se muera, por él no van a decir, ni de lejos, tantas misas.

–Pero yo me voy con la conciencia tranquila –dice, y piensa cómo consiguió enredar al carpintero para que se casara con Irene, justo una semana después de que la tía Petra la echara sin contemplaciones.

El carpintero se llama Pablo y es un hombre simple y apocado, al que las mujeres le daban miedo.

Cuando era joven todo el mundo pensaba que era mudo porque no decía palabra. Pero no, no era una criatura a la que se le hubiera hurtado el don del habla.

Era tremendamente tímido

No tenía novia porque no sabía qué decirles a las muchachas con las que se cruzaba y junto a las que, a veces, se sentaba en el cine. Además, le asustaba que se le rieran en las barbas cuando les soltara cualquier lindeza.

A Irene, gracias al cura, no tuvo que decirle nada. Él habló con uno y otro y lo arregló todo. Fue así de fácil: los casó, y se fueron aquella tarde a vivir juntos, sin haberse dicho todavía gran cosa.

Pablo era un hombre bueno y se dio generosamente y se desvió por ellas.

Para Aurorita, aquella niña de ojos húmedos que iba por la vida como una huérfana, hizo con sus propias manos todos los muebles de su habitación de niña.

Pero Aurorita se parecía al carpintero.

Hablaba poco y pensaba mucho en el final de aquel cuento de los niños que se ocultaban en el bosque.

Como aquella perdida madre temporal que una vez tuvo, se alegraba notablemente cuando veía cómo las arañas tejían su redes en un recodo del techo.

-Las arañas traen buena suerte -decía con los ojos ilusionados.

## EL CELACANTO

Los celacantos son los parientes más cercanos del grupo de peces del que surgieron los anfibios.

Aparecieron en el Triásico, hace la friolera de 200 millones de años. Andaban todavía por la tierra a finales del Mesozoico, aunque fuera creencia común que ya se habían extinguido.

Un celacanto en singular estaba vivo y coleando en 1938 cuando un pescador de las islas Comores, cerca de Madagascar, lo recogió con sus redes.

No sé si era el del 38 u otro más tardío el que me miraba con sus ojos de asombro, desde una lámina enmarcada, en el vestíbulo de la casa de mi tía Antonia.

La casa de mi tía Antonia tenía un olor extraño. Era una mezcla de alcanfor, colonia de afeitado y agresivos productos de limpieza e higiene.

A lo mismo olían las mejillas y las ropas de su marido siempre que te acercabas a darle un beso.

Cuando por primera vez conocí su casa, (ellos vivían tan lejos de nosotros que tardé mucho en hacerlo) me pareció que el celacanto que presidía el hogar era mucho más que un cuadro.

Era el emblema de un estilo de vida quieto y estático. Y el estupor de la mirada del pez era también semejante a la de aquel tío Ernesto que asistía con rabia al espectáculo de un mundo cambiante.

Constituían una de esas parejas silenciosas en las que la mujer profesa una devoción singular por el hombre.

Para Antonia, la hora de la lectura era un momento sagrado que nunca se hubiera atrevido a quebrar, a menos que el edificio ardiera en llamas. Lo mismo puede decirse de la siesta o de aquellas tardes en las que al varón le acometía una ligera indisposición estomacal.

La tía Antonia era una buena mujer que sólo miraba por los ojos de su marido

El marido, inflexible, no toleraba un montón de cosas. Por ejemplo, que ella se retrasara cinco minutos cuando habían quedado en algún punto de la ciudad desde el que pensaban volver juntos a casa.

Tampoco soportaba las modas que hacían que los chicos llevaran el pelo largo, ni las músicas estridentes, ni la liviandad moral, ni, lo que él llamaba, el cine y la literatura modernos.

—A picar piedra mandaba yo a todos esos —decía de todos los jóvenes despreocupados con los que se cruzaba.

Presumía de protestar con conocimiento de causa y recuerdo que, con una sonrisa traviesa, me contaba que había comprado un disco de los que “ahora gustan tanto”. Decía que acto seguido, lo había escuchado y después lo había lanzado por la ventana.

Vivía en un piso séptimo.

La tía Antonia se divertía con las ocurrencias de su estricto cónyuge.

Ella tenía unos ojos hermosos y una risa cantarina.

Todas las tardes iba a ver a su hermano y allí me decía a mí lo que ya me sabía de memoria. Que, a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos...

Me lo decía con la cara encarnada que la hipertensión le encendía.



La misma que, cuando se acercaba la hora de la cita, miraba el reloj con nerviosismo.

Después, a menos de cinco o diez minutos, no atinaba a ponerse la chaqueta y su andar adquiría un aire vacilante y torpe.

Pero parecía feliz. Una de esas mujeres que a la vida no le piden demasiado y, por tanto, casi siempre tienen la impresión de que los motivos de dicha le bastan y sobran.

El tío Ernesto, además de coronel en la reserva, era coleccionista de sellos. Todas las tardes se iba a algún sitio a intercambiar ejemplares, hacer pesquisas o regodearse en la visión de aquellas estampillas inalcanzables o raras.

A la hora del encuentro estaba siempre allí.

Yo creo que tenía la precaución de llegar cinco minutos antes para poder mortificarla por su leve tardanza.

Allí estaba siempre mirando el reloj, con gesto grave; caballero perfecto.

Si la mirada del celacanto me recordaba a la suya; en general, el tamaño diminuto era el de la tía Antonia.

Cuando iban juntos por la calle resultaban una pareja chocante.

Él, extremadamente alto y enjuto. Ella, de estatura baja, colgada ligeramente de su brazo como una niña que teme enojar o causar molestias a sus mayores.

Las navidades que la tía Antonia murió fueron ciertamente tristes. Hacía más frío del habitual y mi padre maldijo a la vida y sus traiciones.

Inmediatamente, al margen del dolor propio, todos pensaron en la soledad del viudo.

Yo imaginaba el celacanto de la entrada más oscuro y perdido que nunca; suspendido en un absurdo mar de papel.

Pero el pez que formaba parte de la memoria de la tierra no tardó en desaparecer.

Lo quitó, una buena mañana, la modista de mi tía. Era la nueva señora de la casa.

Tenía veinticinco años menos que Antonia y durante mucho tiempo fue aquel sello que, todas las tardes, el coronel buscaba con ardor.

# LA LOCURA DEL CAPITÁN BURTON

**A**ntes de embarcarse, por primera vez, en el John Knox, el barco que lo llevaría a la India, el capitán Burton hizo algunas compras que juzgó imprescindibles.

Dejaba Inglaterra, (lo había hecho antes para residir en Italia y Francia) con destino a Bombay, con el objeto de entrar a formar parte, con el grado de oficial, en el Ejército de la Compañía de las Indias Orientales.

Richard Francis Burton adquirió una peluca en una de las muchas tiendas de la capital londinense.

A quienes le interrogaron sobre tan insólita adquisición respondió que la necesitaba para ponérsela en todas aquellas ocasiones en las que tuviera que presentarse en recepciones públicas (o en elegantes salones) con una apariencia agradable.

La cabeza del capitán, es verdad, parecía una bola de billar. Se la afeitaba con una navaja barbera cada vez que su cabello, de tonalidad más oscura de lo común, comenzaba a crecer.

Otra de las compras que el atrevido Burton realizó no tiene mucho más que ver con nosotros...

Pagó un precio muy razonable por un bullterrier que, aunque era ya un poco viejo, seguía mostrando una apariencia fiera.

Tenía sus años pero era un animal curtido que había salido victorioso de multitud de peleas con perros y gatos.

Entre sus hazañas se contaba también la de destrozarse a dentelladas a una gigantesca rata que se había paseado, durante mucho tiempo y con total impunidad, por la planta baja de las oficinas de una prestigiosa firma de abogados.

El bullterrier era y sigue siendo aconsejable para guardar cualquier casa en el campo o en las ciudades; algunas de esas propiedades asediadas por ladrones, roedores o cualquier otra clase de merodeadores.

El destino del perro del capitán ha quedado oscurecido entre el bosque y la espesura de una vida tan intrépida como la de su propietario, pero no le haríamos justicia si no dijéramos que cumplió su cometido a satisfacción y que, después de aquel ejemplar concreto que ha pasado a la historia, muchos han sido los fieles canes anónimos que se han convertido en sombra de sus amos y dueños.

El bullterrier es un animal que asusta por su tamaño, al contrario que todos aquellos elefantes y tigres de Bengala que Burton admiraba en el Bazar; minúsculas réplicas realizadas en malaquita o jade. Eran, en fin, pobres bestias reducidas a la inacción, expuestas a caer de un estante y quedar convertida en añicos como los sueños de algún gran rajá.

Pero la locura del capitán Burton comenzó a resultar evidente cuando se enamoró perdidamente de una joven, de la que se tienen algunos pocos datos, y que (demasiado bien se sabe) se llamaba Louise.

La vio varias veces pero nunca llegó a entablar conversación con ella. Además, durante todo un verano calurosísimo, estuvo en la primera página de todos los periódicos angloindios.

Era de buena familia así que, para salvaguardar el honor de su apellido, se la nombraba sólo por el nombre de pila.

Louise era una de esas bellezas frías. Ojos gris-malva, rostro redondeado y piel muy blanca...

Tenía dieciocho años y eso fue casi lo último que se supo de ella porque, después, fue como si la niebla se la hubiera tragado.

Si llegó a cumplir los diecinueve o los veinte es algo que se ignora, entre los papeles personales de Burton estuvo mucho tiempo un dibujo a lápiz que el inquieto viajero intentó. Por culpa de sus escasas cualidades como dibujante, la pobre Louise aparenta una edad y una insania que entonces todavía no tenía.

Louise tenía fama de ser una criatura inteligente, sensible y algo nerviosa, es verdad, que dedicaba buena parte del día al estudio del griego y a la lectura de los clásicos.

Prefería casi siempre la soledad a los habituales bailes galantes que la colonia inglesa en Bombay organizaba.

Y fue precisamente en uno de esos bailes en donde se fragó la tragedia...

Un apuesto oficial se encaprichó de ella. Buscaba su compañía más de lo razonable y esto era algo que, según se puso de evidencia en el juicio, al principio, molestaba un poco a la joven Louise.

Hacían buena pareja, aunque (todos lo reconocían) les faltaba cierta afinidad emocional; de espíritu, si ustedes quieren.

La vida en un país lejano a veces puede ser monótona; deprimente, en la época de las grandes lluvias. Para Louise, las cartas que el joven oficial, Humbert, le enviaba cada vez que debía alejarse de Bombay, eran un auténtico bálsamo.

A los dieciocho años el amor se cultiva con mucha facilidad. Y a Louise le resultaba cada vez más difícil leer a Ovidio, pero se demoraba una y otra vez en las líneas del rostro del hombre amado.

A veces las noticias de lejanas revueltas le inquietaban porque nunca sabía a ciencia cierta cuál era el paradero de Humbert.

Pero fueron seis meses hermosos, de caminar flotando.

El edén terminó la mañana en que oyó tocar a la puerta. El criado bengalí que acudió a abrir le trajo la tarjeta de una dama.

El nombre apenas si importa.

Lo que sí importa y mucho fue lo que la desconocida le dijo.

Estaba embarazada y era la mujer de Humbert.

Llevaba cinco meses sin tener noticias de él.

De cómo y por qué fue a tocar en la puerta de Louise, los ávidos lectores de sucesos de aquellos días no llegaron a saberlo. Lo que importaba era lo que pasó después.

Louise, tan calmada siempre, pensó con la velocidad del rayo. Mandó al criado bengalí a comprar una fuerte solución para matar ratas y preparó el más extraño té de su vida.

Al mismo criado, el mismo que terminaría confesando, le pidió que se deshiciera del cuerpo. Naturalmente le pagó una bonita suma de dinero que finalmente fue lo que levantó sospechas.

Dos días antes de su decisión terrible y de la infortunada visita, Humbert le había escrito y le pedía que se casara con él.

Que fuera a cometer bigamia no le importaba. Tampoco le importó el destino del niño que nunca llegaría a nacer.

El caso de Louise, la envenenadora, atrajo sobremanera a Burton.

No le interesaban tanto los acontecimientos ni el dictamen del tribunal como la expresión firme y decidida de la presunta homicida. Y, aunque la mayoría de sus biógrafos hayan pasado este hecho por alto, lo cierto es que siempre sintió un extraño fervor por aquel rostro.

Una sexualidad tan activa y ardiente como la del capitán, parece casar poco con esa devoción platónica; el amor a Louise, que ya no le abandonaría nunca.

No queda, sin embargo, constancia de los muchos poemas que le dedicó.

Como es sabido, Isabel Arundell, su esposa, habría de realizar un día la torpe tarea purificadora de lanzar al fuego todo lo que le parecía inconveniente.

Las odas a Louise ardieron como pavesas pero se sabe que cuando la melancolía hacía estragos en el capitán tan sólo se consolaba con una pipa de opio y el recuerdo cada vez más endeble de la impredecible Louise.

Entonces cerraba los ojos y pronunciaba su nombre...

# ÁRBOLES DE MADERA CARCOMIDA

Supo que todo había terminado la primera vez que él falló.

Su puntería era legendaria y, sin embargo, antes de ese día, ella nunca había podido dejar de temer las líneas aceradas de sus cuchillos, el silbido rápido de la hoja que cae y desgarrar un hombro; la piel siempre bronceada, ya fuera invierno, ya fuera verano a la espera de la navaja que acaricia y rompe.

Así era cada noche, aunque acabara finalmente entre ovaciones, incólume, sin un rasguño, con el vestido centelleante, como una diosa aclamada.

Pero siempre había un antes, un instante en el que su cuerpo se volvía pesado por el miedo.

Entonces temblaba y sudaba y le pasaba por delante de los ojos la imagen de uno de esos trasatlánticos poderosos que dicen que están armados y contruidos para sortear bancos de niebla en los mares del norte.

Barcos con una perfecta línea de flotación y que, no obstante, un día llega en que chocan contra un iceberg.

Para ella el hundimiento no sería inesperado.

La sospecha de que algo iba mal llevaba meses haciéndose un hueco en su corazón; este corazón que ahora sentía repleto de telarañas.

Era un hueco enmarañado en donde antes anidaban las emociones más intensas.

Pensaba que él ya no la quería y que no tardaría en matarla.



Al principio sintió miedo. Pero, aquel rebullir que no la dejaba jamás pensar con la cabeza fría, había acabado por dar paso a una inconfundible indiferencia.

Se sentía de más en aquella relación pero no era la única...

El hombre de los nervios de acero había salido esa noche con su uniforme de rigor, la camiseta ajustada como un guante; de negro, de la cabeza a los pies.

Ser lanzador de cuchillos no era una profesión común. Tampoco Sirius era un hombre corriente.

Había alguien muy distinto a los demás debajo de su cuerpo sólido, detrás de los músculos que trabajaba con dureza; en el otro lado de esos días en los que la disciplina de hierro y mantenerse diestro eran el norte de todos los impulsos.

Antes de ser artista de circo, Sirius era escritor. O mejor dicho, quería serlo.

¿Quién no lo recuerda adulando a posibles lectores por el bar de la universidad? ¿Quién no lo vio alguna vez persiguiendo versos en los márgenes de alguna fotocopia? Tenía una letra diminuta que enseguida negaba con un borrón, con una tachadura enérgica. Le gustaba estar solo, buscar algún rincón cerca de las ventanas y ponerse a la tarea de pescar palabras. Y entonces, al pobre Sirius, se le antojaba que con esas migajas de tiempo perdido podría llegar a componer su gran obra.

En aquellos días, Sirius, naturalmente tenía un nombre bastante común.

Extrañó y mucho que no hiciera sino salir de la universidad y colgara su título.

-No pienso presentarme a las oposiciones. No he nacido para agotarme intentando meter ideas en tres cabezas huecas -le dijo; que no entraba dentro de sus planes ser profesor de griego como lo era su padre.

No deseaba tampoco seguir los pasos de tantos escritores como admiraba pero que, en un punto de su vida, se habían conformado con la quietud, con la imaginación como forma extrema de vengarse de las precarias experiencias que les ofrecía la vida.

Sirius la quería y por eso la incluyó en su aventura. Por eso también prefería pasar las horas con ella contándole tantas historias prodigiosas como sabía. Por ejemplo, la de los patos marinos de Irlanda.

En la Edad Media se creía que este ave, llamado también la barnacla, nacía de la madera, concretamente de los árboles muertos.

Se interesó por este enigma, le explicaba Sirius, un rey singular, que fue Federico II: monarca de Sicilia y emperador del Sacro Imperio Romano, en el siglo XIII.

Federico organiza y costea una expedición en busca de la maravillosa madera de la que nace el pato. Los expedicionarios se la traen y él la estudia pero no encuentra indicio alguno de vida salvaje y animal; nada que indique que podría brotar un atisbo de vida de un trozo de árbol carcomido.

El pato marino de Irlanda dará también pie a ingeniosas maneras de burlar el ayuno que las normas de la Iglesia imponen.

Cuando llegaba la cuaresma había quien lo cocinaba con la excusa de que no era carne sino pez.

Pez o pato, la barnacla era el mito preferido de Sirius.

El día en que arrojó los cuchillos sobre ella y falló y le rasgó el vestido, sintió una quemadura en el hombro.

Naturalmente, Anuska no pensó en los viejos árboles de madera de Irlanda, capaces de hacer que la vida siga.

Antes de caer desvanecida, más por la impresión que por los daños, buscó entre los rostros borrosos que la miraban alguno que le diera una pista.

Del arañazo, cerca del fulgor de lentejuelas de su vestido de trabajo, empezó a brotar aquel líquido espeso que no parecía sangre sino melaza de drago. Gotas insolentes que hicieron que el rugido de la grada (los espectadores del circo) creciera en vez de acallarse.

La sangre es escandalosa, dijo en una ocasión la madre de Anuska. Ella era aún una niña y jugando en la cocina se había seccionado el dedo índice.

Entonces también se cayó redonda al suelo. Una cortina de ningún color, como ahora, se le puso delante de los ojos.

La noche del circo no quiso levantar el velo, ni mirar a quienes la transportaban hasta la roulotte porque, pese a todo, pese a la indiferencia y a las telarañas que sentía en el corazón, aquel silencio, la ausencia de la voz de Sirius, la hería en lo más hondo.

Le hicieron una cura, le dieron un calmante suave y le recomendaron reposo. Pero cuando se quedó sola, hizo esfuerzos por no dormirse porque pensó que lo mejor sería empaquetar sus cosas y marcharse sin despedirse de Sirius.

Y así lo hizo y, cuando avanzaba entre la oscuridad de la noche, vio a Casandra, como siempre, practicando vaticinios en su bola de cristal, leyendo dramas que todavía no estaban escritos.

Más allá, la familia de los Héctor, los tres hermanos saltimbanquis, intentando el triple salto mortal.

Y a la pobre Anuska, le entra miedo. No de lo que acaba de ocurrir o de lo que podría suceder en este mismo instante si Sirius la pillara huyendo. Se asusta

porque le parece que de repente podría, como si fuera Casandra, ver delante de sus ojos cosas que a los mortales no les es dado saber; identidades, que se confunden y que se cruzan. La vida natural que se invierte.

Sabe que otra estará mañana delante de los cuchillos de Sirius y algo oscuro e inexplicable le sugiere que cualquier día, el año próximo o la semana que viene, el lanzador diestro volverá a fallar. O por el contrario, apuntará, con mucho tino, al corazón como nido de pájaros de su nueva amada.

Pasa también por delante de la caravana de Hércules y Salomé, la pareja de forzudos, y de repente le acometen unos intensos celos. Duda de ella.

¿Por qué te has enamorado de Salomé?, le reprocha en voz alta sabiendo que Sirius no está allí y que, además, aquello no es una certeza, tan solo una idea caprichosa, una probabilidad de entre un millón.

Basta de tonterías, es hora de salir de aquí, se ordena y, cuando quiere apresurar el paso, nota que no puede.

Le empieza a ganar una inmovilidad de cedro.

Es ese calmante que me han dado- se tranquiliza.

Da un paso y luego otro pero, al tercero, parece como si sus pies se hundieran en la tierra.

Y cosa extraña, se siente muy feliz cuando nota que las hojas retallan; que nudosas ramas le crecen en los dedos.

---

# CUARTA PARTE

---

## ¿HAY VIDA DENTRO DE UN ARMARIO?

**M**amá, mamá –gritaba Óscar– hay un hombre escondido en el armario.

Estaba nervioso.

Óscar veía la punta de su calzado. Unos zapatos relucientes como de ir a una fiesta

–Calla, niño, cómo va a haber nadie dentro del ropero.

La madre de Óscar siguió arreglándose las uñas. Eso sí, la lima iba un poco más deprisa, nerviosamente.

–Nunca me haces caso –el niño ensayó un puchero.

–Es que sólo dices bobadas. Anda, vete al jardín a tomarte tu merienda.

Era una tarde de verano gris, cargada de nubes. Las seis con muy poca luz.

–Está oscuro y me da miedo que llueva.

–Me da miedo, me da miedo. A este niño todo le da miedo. Mi amor, no tienes que asustarte de nada. Si quieres que mamá se sienta orgullosa de ti, debes comportarte como lo que eres: un hombrecito.

–Un hombrecito es lo que hay en el armario de la ropa. Y antes le vi una nariz muy roja.

–En el armario de la ropa limpia hay sábanas, toallas, manteles y baberos de cuando eras pequeño... Ah, y el traje con el que te bautizamos cuando naciste, pero no hay ninguna persona. Lo que pasa es que cuando uno llega corriendo desde el jardín a una habitación con menos luz, siempre cree ver cosas extrañas.

Si vas a lavarte las manos al baño y le das cuatro mordisco al bocadillo que te ha hecho tía Nany antes de irse, yo misma te demostraré que no hay nadie.

-Tenía la nariz colorada como el zapatero...

-Nadie tiene la nariz colorada como el zapatero. Porque el zapatero no existe, me lo inventé yo para entretenerte ayer por la tarde. Y tenía la nariz y la cara entera colorada porque era un borrachín de cuento. Y nada más. Ea...

-Y si los hombres no viven en los armarios ¿por qué este lleva toda la tarde ahí? Además, seguro que fue él quien cerró la puerta con llave. Tú cuando vienes a leer y a pintarte las uñas, nunca te encierras.

El niño tenía la cara enfebrecida, unos rosetones enormes y los ojos le brillaban de temor.

-Mira que eres pesado. No hay nadie. No existe tal hombre. Y si no llevaras las manos pringosas, habrías podido abrir la puerta en un santiamén.

-Y si no existe ¿por qué me miró antes y me amenazó con la mano? Me hizo un gesto así, como si estuviera dispuesto a darme una paliza.

-Nadie te pega sin mi permiso, monín.

La madre de Óscar le pasó la mano por los rizos que se le enredaban siempre. Como si le preocupara mucho aquel niño tan impresionable.

-El hombre lleva una pajarita como la que llevó papá cuando fue a la cena aquella de antiguos alumnos.

-Y ¿para qué necesitaría ir vestido de fiesta alguien que vive en un armario?

-A lo mejor el armario tiene doble fondo y de ahí se pasa a un salón con música y lámparas enormes que dan mucha luz.

-Y ¿por qué no a la selva de Tasmania? -dijo la madre con una risita.

-Se ve que ya le falta el aire porque, de vez en cuando, abre la puerta un poquito como si quisiera respirar -observó el niño.

-Es verdad, si tú y yo estuviéramos ahí metidos nos sentiríamos sofocados.

-Anda, mamá, vete a ver. Seguro que lo pillamos.

-¿Quitándose la chaqueta? O en calzoncillos. Ja, ja, ja.

Cuando la madre se reía, parecía despiadada. Con ese desdén de quien siempre subestima las opiniones o las ocurrencias ajenas. Se tapó la boca con la mano como si quisiera poner término a una hilaridad sin freno.

-Ahora que lo pienso, yo le vi una rodilla. ¿No estará ese hombre desnudo? En ese caso no tendrá con qué defenderse.

-Y ¿de qué tendría que defenderse, hijo? Será mejor que no le asustemos, ¿no crees?

-Pues si no sale, tendrá que defenderse porque iré a la cocina a por un cuchillo y...

-Vamos, Óscar, yo creo que los hombres que eligen vivir en un armario son pacíficos. Si no, en vez de estar entre perchas y chaquetas, se habrían ido a luchar a cualquier guerra.

-Qué guerra.

-Es un ejemplo, qué niño tan pelma...

-Pues le daremos su merecido.

La madre de Óscar enciende un cigarro pensativa.

-Bueno, de acuerdo -dice-, vete a la cocina y trae el cucharón de la sopa. Le atizaremos en la cabeza y le daremos un buen susto. Ya sabes donde lo pone siempre tía Nany.

Óscar piensa que se va a arrepentir ese intruso. Cómo se atreve.



Con todos los armarios que hay en el mundo y ha tenido que venirse al suyo. Se acuerda, con un escalofrío, de las sábanas recién puestas que tanto le gustan. En vez del cucharón de la sopa, busca el cuchillo del queso. Y lo encuentra y lo lleva entre dos dedos con prevención, como si la hoja filosa fuera a volverse contra él

–Bueno, vamos a ver qué hay aquí –dice su madre con jactancia cuando se acercan al famoso armario– ¿Ves, Óscar, como no hay nadie...?

–Se habrá ido. Habrá pasado, a través del doble fondo, al salón en el que hay una fiesta.

–O habrá llegado a la jungla de Tasmania –dice ella con un soniquete de burla.

Óscar se queda pensativo. Le hubiera gustado ver al extraño hombrecillo. ¿Tendría las orejas puntiagudas como los que viven en Marte?

¿Tendrán idioma propio las personas que viven dentro de los armarios? –se pregunta. No se atreve a decirlo en voz alta por si le llega de nuevo aquella mirada helada de otras veces.

Su madre se ha dado la vuelta para aplastar en un cenicero la misera colilla en que se ha convertido el cigarro de antes.

–A tu padre –dice con voz ronca– ni se te ocurra contarle nada de todas estas tonterías.

## BAJO LOS TILOS

Se despertó con una sorda ansiedad, esa mañana. La mañana en que reparó en su falta de memoria.

A primeras horas, en el sitio de los recuerdos estaba simplemente la costumbre, así que saltó de la cama velozmente y entró en la ducha.

Bajo el agua y las burbujas violetas con extractos de camomila y valeriana sintió una agradable paz, un cosquilleo que se le aventuraba por la espalda y se enzarzaba en una dulce lucha con el torpor del cuerpo, la tibieza que la tentaba a volver de nuevo a las sábanas arrugadas.

Con la paz y el agua borboteante llegó el primer asalto de duda.

Como un ejército sin general, y aturdido por las balas del enemigo, se quedó un rato en suspenso; un rato frotándose con la esponja de esparto las pantorri-llas. Aquellas piernas que le parecía estar viendo por primera vez.

El chorro de agua cada vez mas fría fue la orden que necesitó para salir del cuarto lleno de vaho como un día de niebla.

Después, ya una vez en el pasillo, le resultó más fácil orientarse. Alguna clase de instinto la llevó a la cocina y a la cafetera que alguien había dejado encendida.

El humeante turco decía bébeme, bébeme e, incluso, como a propósito, allí estaba también la pequeña taza de porcelana o cerámica que parecía ansiosa de ser usada.

Volvió a perderse por la casa y a pasar por delante de la nota amorosa de Manolo, aquel Manolo y, cuando la zozobra empezaba a asomarse con un hocico tembloroso, encontró lo que se suponía debería buscar. El bolso con las llaves de la casa y del coche.

Buenos días, le dijeron en el ascensor y se tropezó con los ojos de un señor maduro asustado, alguien que tampoco sabía qué era lo que venía ahora, lo que estaba escrito en el guión.

Si es que realmente había un guión...

Dios juega a los dados. Fue una frase absurda que se le destapó, como un tarro repleto de melaza, en algún lado de la cabeza.

Era una tontería porque si la apuraran en aquel momento no sabría ni siquiera decir qué significaba el vocablo dados.

El señor maduro y asustado, cuando la sintió próxima en el ascensor, dudó entre los miles de botones de un negro brillante.

Hubo una especie de tensión en el aire, un malestar que se palpaba, que se cortaba.

Ella estuvo a punto de gritar, no lo hizo y, por suerte, el maduro con cara de conejo deseoso de volver a la madriguera, pulsó el cero y algo en el ambiente les dijo, a ambos, que esa era la decisión correcta.

Hoy va a hacer calor, pronunció ella. Era una frase vacía que le salió de sopetón y el ambiente se relajó como por ensalmo y el señor sonrió y se tocó la corbata tan perfectamente anudada, como todos los días.

Ya en la calle, un nubarrón empezó a seguirla a todos lados. Es más, a la altura de un paso de peatones, se puso a lloverle encima; a gotear únicamente para ella.

Algo, algún instinto remoto, le dijo que aquel alcaolide estimulante le era necesario para ponerse en marcha. Y se lo tomó de un golpe y se puso en marcha aunque todavía dudando hacía dónde, para qué.

No muy lejos de la cafetera que ahora supo que debía apagar (algo muy fácil como accionar un pequeño piloto de luz amarillo encendido) había una nota escrita a mano.

Que tengas un buen día, cariño. Nos veremos en la cena.

Sonrió, tal vez por la fuerza de la costumbre porque ciertamente no recordaba quien era aquel Manolo de escritura tan fina.

Con Manolo o sin él, le fueron llegando como por asalto una serie de certezas.

Se perdió por el pasillo, que no sólo era recto sino que formaba también una ensenada, una curva, y ofrecía a la mirada varias habitaciones en penumbra.

Finalmente el hilo invisible que la llevaba por aquel laberinto la dejó en el lugar preciso.

Era esto, se dijo. Es decir, tocaba ahora volver a la habitación revuelta con dos mesillas de noche, un vaso a medio beber y una tirijala vacía de valium diez.

El acertijo se veía más simple ya. Había un armario enorme con un montón de ropa pero, solícitamente separada de esa masa informe, encontró un traje de chaqueta rojo. Impecable, casi vivo, perfectamente colocado en un galán de noche.

Se lo puso y como esos concursantes de programas de televisión que deben superar pruebas extrañas a toda celeridad, se encajó las medias, se calzó unas bailarinas, se pintó los labios y se peinó en un tiempo de apenas siete minutos.

Era un calabobo, un aguacero fino que la puso alegre aunque todos la miraran incrédulos porque sólo ella se había mojado, elegida hoy por alguna causa; ella, principal receptora de la lluvia de aquella mañana.

Cuando se metió en el coche y se sentó al volante, se sintió más segura. De momento, encontrar el camino a seguir era bien fácil, sólo había que sumarse a la lenta caravana vociferante.

Los coches arrancaban y paraban y aquello parecía desde arriba una paisaje lleno de tortugas multicolores, chatarra viviente.

Algunos conductores gritaban. Sacaban la cabeza por la ventanilla y lanzaban exabruptos.

Otros, bajaban a estirar las piernas y en todos ellos veía la misma expresión de los ojos. Una especie de asombro, un sentimiento de desamparo, un ir y venir a la deriva.

Un tipo elegante la adelantó por la derecha y, otro, le lanzó una mirada pícaro. A lo mejor era Manolo. Eso fue lo que pensó.

El atasco era monumental pero era algo. Lo peor era no saber lo que había después.

Un lavacoche despeinado robó el bolso de una conductora de la fila vecina y salió corriendo. Y la mujer gesticuló y gritó y, finalmente, se puso a llorar. A ella, que no recordaba cómo se llamaba ni hacia dónde iba, se le antojó que perder un bolso no era tan importante. Allí estaba el suyo, quieto, amenazante, repleto de un puñado de cosas desconocidas. Le daba miedo asomarse. Más que un bolso le parecía un pozo oscuro.

Lágrimas de cocodrilo, dijo y se quedó meditando. ¿De dónde habría sacado aquellas raras palabras? En esas estaba cuando un policía local empezó a sortear las filas de automóviles y a explicar que no pasaba nada.

Un accidente, dijo, y un chico que fumaba y tenía su deportivo parado siete u ocho autos mas allá, le confesó que, en cuanto se llevaran el vehículo siniestrado y los cadáveres, desaparecería el tapón.

¿Cadáveres?, se repitió, intrigada.

A lo lejos, al final de la avenida, se veía una calle frondosa que se bifurcaba. Cuando llegara el momento, decidiría si tomar la derecha o la izquierda.

Bajo los tilos... resonó en su cabeza.

Le llegó otra ráfaga de palabras que nuevamente no sabía de dónde venían, ni si querían decir cosa alguna.

A lo mejor era el título de una novela, o una película en blanco y negro, o el nombre de una calle de una ciudad lejana. Aquella duda la llevó a la siguiente, o mejor dicho a la que le revoloteaba desde el instante de la ducha, por entre las cejas.

Asomó la cabeza por la ventanilla y al joven con aire seguro que fumaba se lo dijo; le expuso lo que aquella mañana le rondaba sin cesar por la cabeza.

Aclaró la voz y con firmeza pronunció las tres palabras decisivas.

¿Hacia dónde vamos?, preguntó.

El joven que era dulce y hermoso y a lo mejor se llamaba Manolo y a lo mejor era el suyo o el Manolo de otra cualquiera, la miró con suavidad.

¿Hacia dónde vamos?, le replicó con extrañeza.

Hizo un gesto como de espantar una tentación mala y después, con aquellos ojos diáfanos de color gris irlandés, la miró compasivo, como se mira a los niños que preguntan tonterías y se obsesionan por el hombre del saco.

Después de la compasión, vino el gesto amable. Le ofreció un cigarrillo y lumbre de un mechero de plata y, acto seguido, tras las primeras bocanadas de la marca de tabaco que prefieren todos los hombres de la tierra, dijo lo que era natural que dijera.

La tranquilizó con aquellas frases que, (ahora se daba cuenta) decían tantas veces en la televisión y en la radio.

Esta noche refrescará. Por favor no salgan todos al mismo tiempo.

## EL RUIDO DEL MAR

**D**ía y noche. Lo escuchaba a todas horas. Una cantinela infinita que llegaba desde no se sabía dónde.

Tierra adentro, los parajes se esconden entre recodos de nubes y chaparrones repentinos. Las geografías suelen ser recias y ásperas, despegadas de las imaginaciones locas. Como lo son sus habitantes.

Pero tierra adentro, el mar subía por los muros grises de la casa en la que vivía, vieja pero sólida, la que hacía más de un siglo habían comprado sus abuelos. Trepaba por los muros grises durante esas mañanas ventosas de las primaveras que empiezan.

Tal vez, en alguna parte del mundo la galerna jugará con embarcaciones y hombres... Pero frente a la ventana lo que se abría era un paisaje de pequeños montes y brezo.

Lo que ella sabía de los océanos, lo sabía por los pocos libros que había manejado de niña, en la escuela, porque ni siquiera había estado jamás en una playa.

Es verdad que en otro tiempo le hubiera gustado.

Pero el ruido del mar, las olas que rompen incansables sobre los muelles pequeños y las falúas frágiles, se le había metido en los oídos y era ya todo cuanto escuchaba.

Era un destino raro.

Sorda a las palabras, a la música, a los otros ruidos de la vida, la mujer se desesperaba.



Los médicos le escribían recetas con sus letras de moscas entrelazadas, le hacían pruebas, y le confeccionaban que el suyo era un mal que afectaba apenas a un tres por ciento de la población.

A su desesperación le daban nombre: Síndrome de No Sé Quién.

La mujer era obediente y se tomaba las pastillas de distintos colores tres veces al día pero seguía sin oír la lluvia de piedras finas que sus hijos le lanzaban desde la calle a los cristales.

Pensaba con amargura en las ventajas de que se hubiera quedado simplemente sorda.

Sí, era triste no volver a escuchar las voces de sus tres hijos.

La del mayor, Simón, de catorce años, que estaba cambiando, luchando entre silbidos agudos por encontrar su forma.

La de Adrián, el mediano, tambaleante y nerviosa; la del último de sus hijos, Pablo, tan dulce todavía, tan clara.

Con su marido, en realidad, hablaba muy poco...

Tenía treinta años y una apariencia robusta. Siempre había presumido de muchacha saludable, así que quedarse simplemente sorda como una tapia, habría sido una tragedia pero nada comparable a lo que le pasaba ahora.

Le parecía terrible esa continua resaca que la llamaba desde algún lugar lejano.

Por culpa de aquel zumbido dejó de dormir.

Pasaba las noches en blanco, pendiente del siseo, atendiendo a los lamentos de agua que a veces eran de orilla y otras, de alegre festejo, como de botella de champán cuando se descorcha.

Los ruidos que tenía dentro de la cabeza no la dejaban vivir.

¿A quién puede extrañarle, por tanto, saber que ella habría dado cualquier cosa por atrapar un silencio como el de los domingos de su infancia?

La calma blanca después de que sonaran las campanas, llamando a misa.

El marido era el propietario de una de esas tiendas de pueblo en las que se vende de todo: alpargatas, latas de conserva, panecillos blancos, libros de texto, lápices de colores y cuadernos de rayas para aprender a escribir.

Tenían un mediano pasar pero transcurría el tiempo y la mujer no mejoraba y hubo que hacer un esfuerzo y visitaron a otros especialistas de la ciudad y a muchos de las capitales de otras provincias que no eran la suya.

Desarreglos nerviosos, diagnosticaron algunos. Le recetaron pequeñas píldoras que hacían que, por las mañanas, cuando se levantaba de la cama se sintiera como si hubiera viajado en un paquebote inseguro.

-No se preocupe, de esto no morirá -le dijo el último que visitaron; un médico muy joven y de maneras suaves; un Hipócrates con una sonrisa que quería ser tranquilizadora.

Con la paciencia que hubo de emplear en soportar su mal, llegaron los años y llegó también el intermedio de la edad madura.

Tras los muchos gastos, y una temporada un poco incierta, la familia consiguió volver a instalarse en una cierta bonanza económica.

La tienda se había transformado y vendía toda clase de artículos a un mismo precio fijo.

En cuanto a los niños no hay que decir que un día dejaron de tirar piedras pequeñas contra la ventana de su madre que, además, no las oía.

Ahora eran altos como postes y tenían voces que, para ella, eran desconocidas.

Le garrapateaban notas rápidas en hojas de papel que arrugaban enseguida. Como si les avergonzara tener una madre tan imperfecta.

Al marido le bastaba con mirarle a los ojos para saber qué quería.

Era una suerte. Vivían en paz porque siempre había sido un hombre de pocas palabras, un tipo tímido y balbuceante al que le costaba expresarse.

Ahora, pensaban ambos, las cosas eran mucho mas fáciles...

Es decir si no hubiera sido por el insistente ruido del mar.

Fue una mañana cualquiera.

Una mañana que se levantó a las siete en punto para preparar el desayuno a toda la familia, como hacía desde que tenía memoria.

El ruido de la cafetera no existía pero, en cambio, el aroma fuerte del café (un brebaje cuyo envoltorio presumía de venir directamente de Arabia) llenaba toda la cocina.

Con el olor apetitoso le invadió un bienestar antiguo. Llevaba tres días sin tomarse la píldora azul de los nervios y acababa de decidir que no volvería a tomársela nunca más.

Píldora azul como el pequeño océano que llevaba dentro.

Los hijos se extrañaron de verla levantada a esas horas.

Con la primera sorpresa sonrieron pero, después, torcieron el gesto porque ahora que llevaban tanta prisa y andaban tan escasos de tiempo, tendrían que en-

tretenarse en los garrapateos de papel; en esas notas de siempre en las que habría que desearle que pasara un buen día.

Llegarían, escribieron, como siempre, pasadas las seis de la tarde porque el más pequeño estudiaba en la universidad y los otros dos, Adrián y Simón, trabajaban en empresas de la ciudad que se dedicaban a cosas muy nuevas y muy desconocidas para ella.

La mujer no podía evitar sentir un cierto estupor ante los teléfonos móviles, con los que siempre andaban a vueltas, ellos dos.

Eran cacharros que inevitablemente han de resultar tontos a quien sólo es capaz de escuchar el rugido de las bestias submarinas.

Bien, aquella tercera mañana los hijos se fueron.

Como el marido de pocas palabras se marchó también a las nueve en punto, la casa volvió a ser solo para ella y se sintió feliz.

Cuando abrió las ventanas y miró, como había hecho siempre, el paisaje de montecillos y vegetación violeta, sintió las primeras punzadas de algo que podría considerarse un dolor.

Sí, era un dolor físico, como un desgarró, como quien siente la carencia, la ausencia de algo.

Sus ojos, más allá de los montes, buscaron una explanada líquida, el reverbero que a esas horas produce la luz del sol sobre el mar.

Y aquello fue como una revelación.

Giró sobre sus talones y dejó la casa.

No se llevó equipaje alguno, aunque hubiera sido sensato.

En cambio, pasó por el banco y sacó suficiente dinero porque, hasta llegar a la costa, quedaban muchas jornadas de guagua, parada y fonda.

Debió ser por culpa de cierta alegría atolondrada por lo que se olvidó de dejar una modesta nota.

Una humilde nota con cuatro o cinco palabras que habrían bastado.

Pero el ruido del mar de su oído, que seguía allí, a ratos agazapado, a ratos furioso, por primera vez se volvió tranquilizador.

La hizo comenzar a moverse con la promesa de algo muy esperado.

Naturalmente cuando el marido y los hijos volvieron a media tarde al hogar y no la encontraron se alarmaron un poco.

Se habrá ido de compras, dijo el que estudiaba en la universidad, aunque su memoria no alcanzaba a recordar precedente semejante. La madre, todo lo que necesitaba se lo encargaba siempre al marido quien, al fin y al cabo, conocía bastante bien el mundo del comercio como para adquirir siempre las prendas y artículos adecuados.

Cuando dieron las diez y las once, y comprobaron que la mujer no aparecía se asustaron.

Se acercaron a la comisaría y un policía aburrido que tecleaba en una de esas máquina de escribir de las que ya apenas se ven, les vaticinó que volvería.

Es la crisis de los cincuenta, aseguró.

Regresaron a casa con cara de preocupación, sin saber siquiera que la mujer había dejado de tomarse las necesarias pastillas azules.

Al día siguiente, y al otro, telefonearon a la comisaria. Fue idéntico el resultado.

Es un caso típico de crisis de ama de casa. Volverá, porfiaba el policía de la voz cansina.

Insistía.

Pero la mujer no volvió porque llegó hasta un pueblo marineroy allí se detuvo a descansar y a comer.

Imaginen la escena. Un bar pequeño y ruidoso con manteles de plástico y gustoso pescado fresco.

Pidió comida y un vaso de vino y almorzó con gusto, absorta, pendiente de la luz cegadora que se había quedado afuera.

Algún parroquiano desocupado leía un periódico deportivo. Varios abuelos jugaban a las cartas.

Habría moscas que bailoteaban alrededor del vaso de vino. Terminó el festín y se levantó ajena a un varón de unos treinta años, desesperado por la mala suerte, que la miraba e intentó, en un par de ocasiones, abordarla.

Cuando finalmente se le acercó, ella le explicó por señas que no podía escucharlo.

El muchacho, que era un poco mayor que el mayor de sus propios hijos, aprovechó esta ventaja.

La siguió por varias calles silenciosas y vacías.

Ella no se volvió ni una vez sola, porque el ruido de sus oídos la llevaba como en volandas a la enseña amarilla, a la playa y al mar que escuchaba desde hacía veinte años, pero todavía no conocía.

Olió el aroma del salitre y la invadió la ternura de su casa.

Veré el mar y volveré junto a los míos, se prometió.

El mar saltaba como si la reconociera, criatura desvalida que llevas algo en tu interior de mí, le dijo.

El mar caracoleaba hasta la orilla y ella corría como una niña; ansiosa por quitarse los zapatos.

Ya se iba a agachar cuando se lo impidió un tirón fuerte a la altura del cuello.

El muchacho apenas mayor que el mayor de sus hijos utilizó uno de aquellos nudos marineros que tan bien se le daban.

El anillo de casada que la mujer llevaba era de oro y en el pecho, entre el sujetador y la ropa, había un fajo de billetes.

La forastera era delgada, así que fue un trabajo fácil cargarla mar adentro, atarla a una boya, dejarla a la deriva.

Ya nada podría hacer contra él...

Las calas solitarias se prestan a muchas cosas. Una semana antes, allí mismo, a pleno día, había hecho el amor con una chica.

El muchacho, que no era del pueblo, se echó a andar hasta llegar a otro sitio. Nadie reparó en su ausencia, nadie lo echó de menos, ni siquiera la chica con la que compartió caricias en la arena.

Pablo, Simón y Adrián tardaron en olvidar el episodio porque no se perdona fácilmente a una madre que abandona.

Y al marido, tan lacónico y callado siempre, le dio a partir de entonces por hablar a solas como si la mujer sorda no se hubiera ido una mañana.

Aún mas, como si fuera capaz de escucharlo igual que tantos años atrás.

En todos ellos quedó, (así de reacios somos a encajar los embates de la fortuna) la leve esperanza de un reencuentro.

Respecto a ella, a la mujer, les digo que, a lo mejor, no la encuentran ya nunca. Sus oídos han aprendido a distinguir los diversos ruidos que cabe en el mar; los gritos fatales como de advertencia y aviso que albergan, tan misteriosos, los océanos, allá en sus fondos.

-Quédate lejos -oye ahora que le dicen.

## LA EDAD PELIGROSA

**H**ay edades peligrosas. No lo dicen los vulcanólogos ni los geólogos ni los expertos en obstetricia. Lo dice todo el mundo y a mí me lo estaban vaticinando desde hacía tiempo.

Me habían advertido que los 35 serían difíciles de llevar; que me encontraría con que de repente abandonaría mi pulcra seriedad de siempre; mi gesto profesional y comedido.

Y que haría todo esto para mayor deshonra de mi sexo; con el propósito ciego de empezar a deslizarme por un tobogán resbaladizo.

–Ya lo verás un día empezarás a fingir que eres una adolescente y, acto seguido, te verán los demás comportándote como una auténtica cretina. Tú ni te darás cuenta. Les pasa a todas.

Me lo decía en la oficina un tipo que es de manual. Un sabelotodo que nunca se equivoca.

Yo creía que era más bien al revés, que son los hombres los que de repente una mañana pierden la chaveta y se van detrás de una jovencita de veinte. Conozco casos así.

No conocía tantos, al menos directamente. Pero esta soy yo, me gusta porfiar, llevar la contraria, no dejarme convencer.

–Ah, sí –insistí haciendo un movimiento expresivo con la mano.



Se lo conté a Jaime a la hora del almuerzo pero él decía hum, hum, hum y me miraba con esos ojos transparentes y redondos con los que me mira siempre. En fin, que más se le puede pedir a un bebé de nueve meses.

Era lo que me faltaba.

Madre soltera, la vergüenza de la familia, un montón de tías en mi contra y una hermana mayor en Australia que siempre que llama por teléfono pregunta si finalmente he sentado la cabeza.

-La tengo muy bien colocada sobre los hombros-me encabrito cuando mamá me lo cuenta.

-El primer síntoma... -sentenció Juan, el idiota de la oficina.

-¿A qué te refieres? -indagué.

Señaló mi nueva sombra de ojos de color azul violeta y dejó caer aquello tan manido de que mucha pintura y poca ropa es siempre síntoma de desesperación.

Sabrás el muy tonto lo que es estar desesperada...

Llevaba las uñas de los pies pintadas del mismo tono pero, para descanso mío, no lo descubrió. A Jaime le encanta el color. Mientras me las pinto él manotea, se mira los dedos rosados y habla en ese extraño idioma del País de Nunca Jamás.

-¿Crees que me quedará bien con la blusa nueva? -le pregunto y asiente con ese gargarismo de gusto que sólo él sabe dedicarme.

-¡Ay, que me lo como a besos! -grito.

Al principio se asusta un poco pero luego se ríe porque sabe que es un juego.

-Siempre te has creído que la vida es un juego y me desesperas -me dijo mi padre hace casi dos años.

-Sé perfectamente lo que hago -le respondí.

Pero a él le pareció que era una monstruosidad el que me hubiera dedicado a buscar al donante perfecto.

-Estás loca. Y después qué, después si te he visto no me acuerdo ¿no? Eres una irresponsable, a un hijo no sólo le tienes que dar la vida, también le debes un hogar completo con un padre como Dios manda y estabilidad.

Me mordí para no responder lo que es más cierto. Que me río yo de las familias como Dios manda y que sé muy bien lo que es equilibrio y responsabilidad.

Respecto al padre biológico, si un día me lo cruzo por la calle hará esfuerzos para recordar en dónde ha visto mi cara.

Es guapo, tierno, tiene sentido del humor y se parece a Robert Redford. El único problema es que dejó de ser de fiar hace mucho tiempo. Un defecto que tiene cualquiera y que, además, por suerte, no está escrito en sus cromosomas.

-Tu padre, cielo, -le digo a mi hijo- se pasó de rosca.

Como que ya ni me conoce cuando me lo cruzo. Lleva siempre unos walkman en las orejas, y oye sin cesar a Supertramp.

De vez en cuando me pide un par de duros para tomarse un café y yo se los pongo en la mano con un ligero temblor.

Me los pide a mí y a todo el que pasa por delante. Menos a sus hermanos que ya no lo saludan.

Va limpio y aseado como un turista aventurero recién duchado; como si acabara de salir de un hotel.

Me pregunto si en la mochila roja que invariablemente le cuelga de la espalda llevará todavía su cargamento de seconal.

Si lo compartirá con su madre, siempre un poco apagada.

Su única aliada desde siempre.

Les podría jurar que era feliz. Que me bastaban el niño, algunos amigos, mi trabajo.

No se empeñen en pensar que por culpa de los cuarenta que se acercaban yo iba dejando el corazón en cada esquina, que imaginaba aventuras detrás de cada mirada imberbe, que me moría por mil y una noches. No. Leía atentamente esos manuales que te enseñan cómo desarrollar al máximo los talentos de un hijo, hacía un curso de inglés por correspondencia y mantenía largas conversaciones con mi pequeño.

Los fines de semana me quedaba en casa. Ponía viejos discos y bailaba con él, con mi príncipe, con mi pequeño galán, con el elfo de olor a leche que me babeaba el cogote.

La felicidad eran una pizza a domicilio y Jaime tragándose voraz la papilla de cereales.

Los lunes no resultaba demasiado complicado volver a la rutina. Lo llevaba por las mañanas a la guardería y volvía a eso de las tres corriendo como una novia emocionada.

Lo explico para que entiendan que lo del mensajero fue una conmoción inesperada.

Se llamaba Pablo y tenía unos ojos maravillosos, azules, tiernamente arrebatadores. Además, siempre que me traía un paquete parecía cohibido, agitado por alguna emoción explicable.

Tenía las manos blancas como velas de iglesia.

–Buenos días, señorita Ana –me saludaba con un deseo de agrandar que me llegaba a las entrañas, que me viajaba de la cabeza a los pies con un bramido de Concorde, de quince mil hombres viajando en una cápsula a la luna.

–Me firma aquí, por favor –decía con palabras de seda, con ojos de ángel, con dientes de espuma blanca; con la sonrisa de alguien que acabara de bajar de allá arriba.

–Que tenga un buen día –me deseaba.

Mi compañero de oficina, el sabelotodo con el que siempre discuto tardó poco en darse cuenta.

Para estas cosas es listo como el aire.

–Señorita remilgada ¿por qué no lo invitas a cenar un día? Qué importancia tiene que sea quince años más joven que tú...

–Y tú ¿por qué no te compras un bosque y te pierdes?

–Uy, si tuviera dinero con gusto –me replica con la boca llena de la barra de chocolate de dieta que toma todas las mañanas.

Y tanto me hartó que acabé haciéndole caso. Iba por la calle Arena camino de la guardería, y él acababa de repartir el último paquete. Aceptó tomar una cerveza con Jaime y conmigo.

Todo marchaba bien, charlábamos y había una fuerte corriente de simpatía. Como me sentía tan a mis anchas, diría que en el cielo, me dio por pensar que tal vez después de esa tarde podrían venir muchas otras.

Lo miré con cara de futuro perfecto... La suya estaba borrosa por culpa de las Budweisser.

Me dio un beso esquinado que me supo a gloria...

Lo único que ahora sé es que leo sin parar libros de psicología infantil.

Me pregunto si hay una edad en la que los hijos deciden ser los dueños absolutos de sus madres. Y si existe, ¿cuándo empieza esa edad? y ¿cuándo termina?

Jaime llora más que nunca. Por el día. En la guardería. Cuando lo paseo en su cochecito. En mitad de la noche. Metido en su cuna... En fin, siempre.

No para hasta que lo tomo en brazos. Cuando lo acuno enreda sus dedos chiquitos en mi pelo y me mira fijamente. Después, inclina su cabeza sobre mi pecho y da un suspiro largo.

Es entonces cuando dice algo en su propio idioma que a mí me llena de preocupación.

Me parece que a Jaime no le gusta Pablo.

# POBRE, RICA, HIJA DEL REY

**H**abía escuchado cientos de historias de niños abandonados. Bebés que lloraban en las puertas ajenas bajo el frío severo de la noche.

Rousseau, el filósofo que creía en los buenos salvajes, abandonó a sus cinco hijos en una casa de expósitos.

Séneca, el Viejo, por su parte, combatió la práctica cruel de los hombres de la época que recogían con frecuencia niños de los hospicios. Lo tenebroso del asunto era que los mutilaban para que dieran más lástima; para que resultaran beneficiosos a la hora de pedir limosna.

Clemente de Alejandría temía, sobre todo, cierta clase de pecados. Que los caballeros que acudían tan sanamente a los burdeles acabaran cometiendo incesto con alguna muchacha que finalmente resultara ser alguna hija abandonada.

La proporción de abandonos, en algunos países de Europa, llegó a ser muy alta: el treinta por ciento de los nacimientos, hasta casi bien entrado el siglo diecinueve.

No había distinción de clases. Las acomodadas se deshacían de sus vástagos para no tener que hacer peligrosas particiones de sus tierras; las míseras, para no soportar tantas bocas famélicas.

Demasiadas hembras en una familia planteaba problemas de dote y no habíamos de la vergüenza de parir gemelos. Se suponía que habían sido concebidos en periodos concretos en que se exigía a los cónyuges un poco de contención.

Añadamos los frutos ilegítimos, los resultados de las infidelidades y las ausencias, los que nacían enfermizos o monstruosos, los que venían en mal momento...

Otra solución era consagrarlos a Dios.

Cuando el tierno infante o la niña tenía cuatro o cinco años se le hacía entrar en un convento o en un monasterio para que se dedicara a la sagrada profesión divina.

La oblación vinculaba a la criatura de por vida a una existencia espiritual, lo que, a decir de muchos autores, era, en cierto modo, un buen destino. Mucho mejor que acabar devorado en el bosque por una jauría de animales, o terminar como esclavo de un amo despótico.

Por no mencionar la triste suerte de inducir a tu recto padre al más indecoroso de los incestos.

Antes de que en el siglo catorce se generalizaran los orfanatos y antes también de que las iglesias y las abadías se mostrasen gustosas de recibir leales servidores de Cristo, los niños no deseados acababan en los bosques o abandonados en mitad de un campo abierto.

Las cestas se colgaban de los árboles y al recién nacido se le dejaba alguna marca de ceniza en la frente para que las almas caritativas que lo recogieran supieran que ya había sido bautizado.

En caso de duda, volverían a ser sacramentados. Más vale dos veces que ninguna, se decían temerosos los europeos de antaño...

Emma había crecido oyendo esa clase de historias. Relatos de pérdidas y reencuentros, al cabo de los años. No es raro, por tanto, que llegara ella misma a albergar cierto temor.

El secreto miedo de poseer orígenes oscuros.

Se veía abandonada por un carromato de zingaros.

–Siento tener que confesártelo, querida mía pero tú no eres realmente hija nuestra –le diría algún día la que siempre había creído su auténtica madre.

Era duro tener pesadillas en las que veía sus propios pañales colgados de la rama de un árbol; allá en la floresta espesa de un bosque cualquiera.

Creció como todos los niños, fantaseando y temiendo lo más improbable.

Imaginando en qué podría desembocar su vida, tras una imprevista revelación.

A los trece años, las angustias de Emma cambiaron. Les ocurre así a todos los adolescentes del mundo. Ya no le inquietaba el pasado sino el presente. Su aspecto torpe y zanquilargo, los ojos huidizos, los miles de granos.

Si le hubieran dicho que descendía de Segismundo, el rey de los burgundios, le hubiera resultado indiferente.

Era el suyo ya un universo en sombras, una duda permanente, un diálogo secreto con aquel espejo que cada día le aterraba con un nuevo cráter en mitad del rostro.

Y qué decir de aquella mirada que no era precisamente verde Nilo.

Pero lo que pasó vino en medio de la quietud sorda de un cierto domingo.

Uno de esos domingos en los que te sientes capaz de hacer cualquier locura, con tal de no aburrirte.

La casa parecía deshabitada.



La televisión, la siesta, los cuartos privados en los que los hermanos mayores prohibían la entrada, habían engullido a los habitantes todos.

Bailaba en el pasillo.

Los walkmans atornillados en las orejas.

Al principio el ruido era como un efecto más de la música aquella.

¿Tocaban a la puerta?

Siguió bailando.

Le pareció que alguien lloraba. Tonterías.

Entre las tres y las seis de la tarde, los domingos, para ella, eran como una condena.

A las seis menos cuarto, Emma se desenroscó los auriculares, se descolgó de la música.

Bastaba con peinarse un poco, ponerse lápiz de labios color rosa de té y salir a la calle.

Se metió dentro de un suéter lleno de botones. Mientras esperase a las otras, a sus amigas, se divertiría contándolos.

Abrió la puerta y por poco lo pisa. La canastilla azul y blanca con el bebé rosado.

La criatura dormía y los ojos abultados eran ahora una increíble raya, una ranura hermética.

“Se llama Irayda”, habían escrito en un papel.

A los trece años, todavía la vida es un pergamino enrollado. Evidentemente alguien empezaba a tirar ya de algún extremo.

Se adivinaban entonces los primeros trazos caprichosos de esa escritura extraña con que la vida todo lo escribe.

A pesar de las ganas de ver gente, del ansia por charlar con las amigas, del deseo de salir a la calle, de aquel domingo raro... A pesar de todo, finalmente no saldría.

-Irayda es un bonito nombre -le dijo al oído al bebé que dormía.

Cogió con prevención el fardo y sintió aquel calor antiguo.

Era como si naciera otra vez.

Como si le dieran otra oportunidad, de nuevo.

# ÍNDICE

|                           |   |
|---------------------------|---|
| A modo de preámbulo ..... | 9 |
|---------------------------|---|

## PRIMERA PARTE

|  |    |
|--|----|
| La poesía de los fogones .....             | 13 |
| Bestias de andar por casa .....            | 17 |
| Bestiario doméstico .....                  | 21 |
| Sopa de ganso .....                        | 27 |
| La casa de las palomas .....               | 31 |
| Zoológico .....                            | 35 |
| Zoología fantástica .....                  | 39 |
| La cocina del infierno .....               | 43 |
| Pollo a la cazuela .....                   | 47 |
| Insectos azules .....                      | 51 |
| Fieras y ángeles .....                     | 55 |
| Etnólogos, entomólogos, naturalistas ..... | 61 |
| Héroes de la sombra .....                  | 67 |

## SEGUNDA PARTE

|                                   |     |
|-----------------------------------|-----|
| Beatus ille .....                 | 73  |
| Miniaturas .....                  | 77  |
| Prodigios .....                   | 81  |
| Bellezas infrecuentes .....       | 85  |
| Bestias silenciosas .....         | 89  |
| Octopus .....                     | 93  |
| Visitarás ciudades de coral ..... | 97  |
| Corazón de medusa .....           | 101 |

### TERCERA PARTE

|   |     |
|---|-----|
| El gato de la tía Petra .....           | 107 |
| Los últimos días de la tía Aurora ..... | 111 |
| Después de la tía Petra .....           | 115 |
| Nuestros comunes amigos .....           | 119 |
| El celacanto .....                      | 123 |
| La locura del capitán Burton .....      | 127 |
| Árboles de madera carcomida .....       | 133 |

### CUARTA PARTE

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| ¿Hay vida dentro de un armario? ..... | 141 |
| Bajo los tilos .....                  | 145 |
| El ruido del mar .....                | 151 |
| La edad peligrosa .....               | 159 |
| Pobre, rica, hija del rey .....       | 165 |



**DOLORES CAMPOS-HERRERO** es escritora y periodista. Nació en el sur de Tenerife pero pasó su infancia y adolescencia en Lanzarote y vive, desde hace años, en Las Palmas de Gran Canaria.

Ha escrito libros de poesía como *Chanel número cinco*; relatos como *Daiquiri y otros cuentos*, *Basora o Alejandra me mira* y fue Premio Atlántico de Literatura Infantil en 1993 por su obra *Azalea*.

Algunos de sus relatos figuran en las siguientes antologías:

–*Retablo y geografía de cuentos canarios*, Sebastián de la Nuez y Flora Lilia Barrera Álamo, Viceconsejería de Cultura del Gobierno de Canarias, 1993.

–*Antología de la literatura canaria del siglo veinte*, compilación de los escritores Víctor Ramírez y Rafael Franquelo.

–*Racconti dalle Canarie*, Editorial Millelire Stampa Alternativa, Roma, 1992.

–*Siete cuentos*, Servicio de publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1995.

–*Reincidencias*, Centro de la Cultura Popular Canaria, 2000.

Trabaja en Televisión Española y colabora en diversas publicaciones de ámbito regional.

# Fieras y Ángeles

un bestiario doméstico

Dolores Campos-Herrero, una de las más reconocidas escritoras canarias, nos vuelve a fascinar con esta excelente obra. **FIERAS Y ÁNGELES, UN BESTIARIO DOMÉSTICO**, es una particular revisión del género medieval de los bestiarios. Un catálogo de criaturas (tanto animales como humanas) que le brindan a la autora la oportunidad de contar sorprendentes historias. Aunque lo fantástico parece presidir todos los relatos, lo cierto es que la imaginación es una excusa para abordar realidades muy diversas.

El libro está estructurado en cuatro partes, en las que se avanza desde las especies más humildes a las más orgullosas. Hay fieras peligrosas, otras en desgracia, como el pobre pollo que cayó en una cazuela, y hay niños fantasiosos y gatos casi humanos. Por sus páginas también se cruza un capitán que fue real y que visitó las Islas. Con él la autora fantasea “sin ningún respeto...”.

Que la de los hombres es la más incomprensible de las especies animales puede deducirse de la lectura de estos relatos.

Dolores Campos-Herrero trabaja en televisión y es colaboradora habitual de numerosas publicaciones del Archipiélago. Ha escrito magníficos libros de poesía y narrativa, y sus relatos figuran en varias antologías.



GOBIERNO DE CANARIAS  
CONSEJERÍA DE EMPLEO Y ASUNTOS SOCIALES

instituto  Canario  
de la mujer



FONDO SOCIAL  
EUROPEO



CENTRO DE LA CULTURA  
POPULAR CANARIA